

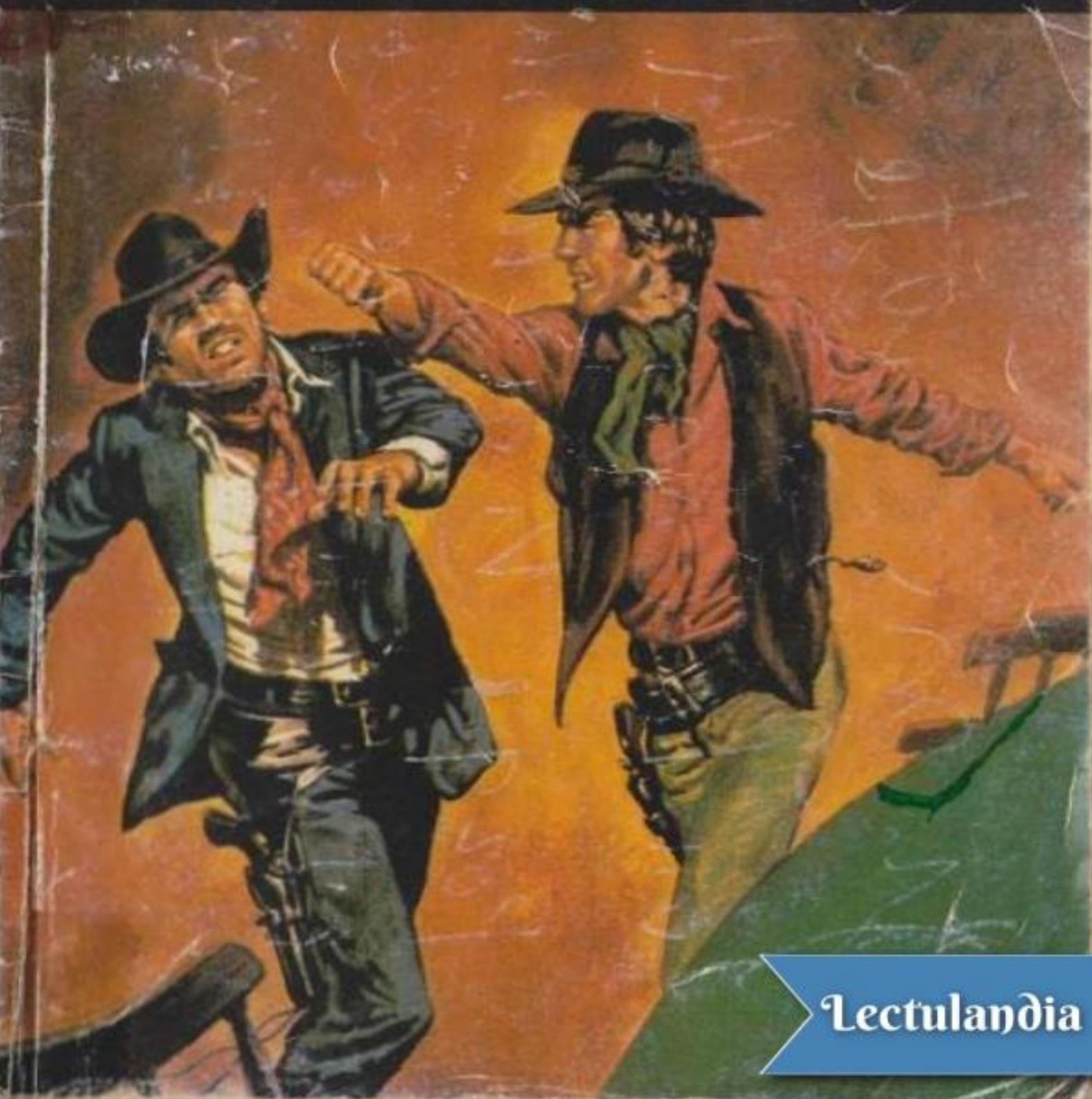
EL VIRGINIANO

BOLSILIBROS

ESTE

Marcial Lafuente ESTEFANIA

MADERA DE PISTOLERO



Lectulandia

La guerra de Secesión había identificado en la comunidad de propósitos y de peligros a los seres más heterogéneos.

Permitió que la intolerancia en ciertas clases privilegiadas se hiciera más flexible por la necesidad de constante convivencia con aquellos seres considerados hasta entonces de inferior categoría, incluso en lo biológico.

Lectulandia

M. L. Estefanía

Madera de pistolero

ePub r1.2

Titivillus 23.01.15

Título original: *Madera de pistolero*
M. L. Estefanía, 1960

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo I

La guerra de Secesión había identificado en la comunidad de propósitos y de peligros a los seres más heterogéneos.

Permitió que la intolerancia en ciertas clases privilegiadas se hiciera más flexible por la necesidad de constante convivencia con aquellos seres considerados hasta entonces de inferior categoría, incluso en lo biológico.

Los jóvenes de la llamada aristocrática Virginia convivieron, al ser arrancados de sus plantaciones y palacios, con hombres modestos, pudiendo comprobar que también éstos tenían corazón y sentimientos.

De la academia de West Point salieron los cuadros de mando del primitivo ejército confederado.

En uno de los infinitos escuadrones y regimientos de caballería de los confederados, un joven virginiano salido de West Point, con el grado de coronel, había realizado con un grupo incondicional de jinetes los raids más asombrosos y, en las filas enemigas, era respetado y temido.

Sus incursiones llegaron hasta el territorio de Nevada entrando en California. Iban en busca de apoyo económico que necesitaba la Confederación para sostener su ejército al fallarles las ayudas prometidas de Francia e Inglaterra.

Cruzar tantas millas entre enemigos suponía ya en sí una gran proeza.

El grupo lo formaban el coronel James Bedford; capitán Charles Zumker; teniente Tony Loveland; sargento Punch y los soldados Rock Pifie, Forrest Clark y Burkley Kirby.

La heroicidad de estos hombres era muy relativa, ya que la realidad era que en una operación habían quedado, en virtud de su audacia y arrojo, detrás de las filas enemigas.

Entonces, Bedford, no siéndole posible el regreso a las líneas amigas sin gran peligro de sus hombres, concibió algo mucho más peligroso para lo cual en el centro de un bosque desmontó y dijo:

—Somos una pequeñísima fracción del ejército confederado en zona enemiga. Podéis dejar de obedecerme y, si os rendís, estoy seguro que no os pasará nada. Quizá permanezcáis prisioneros hasta el final de la guerra, que no tardará. Yo voy a intentar alcanzar los campos mineros en los que hay sudistas dispuestos a ayudarnos a recoger el oro y llevarlo a Richmond. Tal vez os parezca una locura... El que quiera seguirme sabe que es la vida lo que pone en juego y que son poquísimas las posibilidades de triunfo con que contaremos. Estad seguros que no pensaré mal de quienes decidáis rendiros o marchar a vuestras casas. Al contrario, pensaré que estáis locos si decidierais seguir a mi lado.

—¡No continúe, coronel! —gritó Rock—. Está perdiendo el tiempo; iremos con usted.

Los demás se unieron entusiasmados a estas palabras.

Kirby, a los tres días de caminar, durante la noche, dijo:

Debiéramos vestirnos de *cow-boys*, así pasaríamos inadvertidos y podríamos caminar de día.

Fueron varios los que apoyaren esta proposición.

Bedford repuso:

—No puedo acceder. Ya os advertí que sería peligroso. Lo que hacemos es una acción de guerra y hemos de ir vestidos con nuestro uniforme. Si somos sorprendidos y apresados lo seremos como soldados y no como maleantes. Aún estáis a tiempo. El uso de otro uniforme supondría una traición y no debemos ser traidores ni aun a nuestros enemigos.

No se atrevieron a insistir, aunque no estuvieran de acuerdo.

Rock echaba de menos unos «Colt». Lo mismo sucedía, a los otros soldados.

Y los consiguieron dos semanas más tarde, cuando ya estaban en territorio de Nuevo México.

Visitaron la cuenca de Silver City.

Lo hizo Rock vestido de minero o *cow-boy*.

Para esto, que era un servicio de información, permitió Bedford el disfraz.

La cuenca trabajaba afanosamente.

El ejército de la Unión necesitaba dinero y acuciaba a los mineros.

Había soldados vigilando los trabajos, de acuerdo con el comisario encargado de la zona, por cuenta del Gobierno.

Rock visitó varios *saloons* buscando en la locuacidad de las mujeres la información que necesitaba.

No tardó en saber que los mineros sospechosos de sudistas habían sido separados de sus parcelas, controlados de un modo riguroso.

Lo sucedido en Virginia City, en Montana había hecho tomar medidas de máxima precaución. A pesar de la distancia, se sacó oro con destino al ejército de los confederados.

Estaba bailando en un *saloon*, cuando entraron unos mineros a quienes les miraban con recelo los demás.

—¿Qué pasa con éstos? —preguntó a la muchacha—. Parece que no les estiman.

—¿Es que no eres de aquí? Son sudistas.

—Llegué hace poco a la cuenca. Es mi primera visita al poblado —respondió.

Los mineros acusados de sudistas estaban aislados.

Rock trató de acercarse a ellos, pero no encontraba oportunidad.

Bebió unos vasos de whisky y, haciéndose el beodo, se decidió al fin. Necesitaba llevar información al coronel.

—¿Queréis tomar un whisky conmigo? —les dijo en voz alta—. He empezado a ver buenas pepitas y quiero celebrarlo.

—Será mejor que bebas solo. Nuestra compañía no le liará ningún bien —dijo uno de los mineros.

Rock observó el miedo que vibraba en estas palabras.

—¿Por qué? No me importa; quiero celebrar mi suerte... ¡*Barman*, pon whisky para éstos también!

Tres mineros se acercaron a ellos, diciendo uno:

—Tú eres extraño aquí. No te he visto antes de ahora... ¿Le conocéis vosotros? —preguntó a los sudistas.

—No; nos ha invitado porque...

—¡Quiero! Hago lo que me parece con mi dinero, ¿te importa algo a ti? —respondió Rock, encarándose con el minero como si estuviera bebido en realidad.

—¿Eres minero?

—¿Y tú? —replicó Rock, haciendo sonreír a los testigos.

—No nos gustan los forasteros —añadió el minero.

—Tengo mi parcela —dijo Rock.

—¿Dónde?

—Quieres ir a robarme, ¿eh? Has oído que encontré buenas pepitas y quieres robarme. ¡Pues no te diré dónde está!

—¿Te das cuenta de que me estás llamando ladrón?

—¿Y no lo eres acaso? ¿Por qué quieres saber dónde está mi parcela? Déjame en paz, que me estás cansando. Bebed vosotros, no le hagáis caso.

Rock estaba furioso y se contenía a duras penas.

Los otros mineros separaron de allí a su compañero.

Creyó Rock con ello que terminaría todo así, pero se equivocaba.

Otros mineros conversaron con el que discutió con Rock.

Éste quería marchar y llevarse con él a los sudistas.

—Vamos a otro sitio a beber —les dijo.

—Créenos, muchacho, no te conviene nuestra compañía. ¿No has visto que nos aíslan?

—¿Por qué? ¿Sois ladrones?

—¡No! —replicó iracundo uno de los sudistas—. No es eso; es que procedemos del Sur, de los estados confederados.

—¿Y eso es una deshonra? ¡Bah, tonterías! A mí no me importa de dónde seáis.

—¿Habéis oído? —dijo a los demás el minero que discutió con Rock—. Dice que no le importa. Veréis ahora.

Se encaminó al mostrador y dijo:

—¡*Barman*! Un whisky para mí.

Cuando le sirvieron añadió, dirigiéndose a Rock:

—Voy a beber con vosotros y vamos a brindar.

—No queremos beber más aquí. Vamos a otro *saloon* —replicó Rock.

—Antes brindaréis conmigo por el triunfo de la Unión.

Rock tembló intensamente. Eso sí que no estaba dispuesto a hacerlo.

Contempló el escenario y vio que podría alcanzar la puerta de un salto.

—¿Por qué queréis molestar a estos hombres? Si son del Sur, desearán que triunfen los suyos. Si brindan es por conservar la vida y no porque lo sientan y es de cobardes obligar por las circunstancias a lo que repugna.

Los sudistas se miraban asustados.

—No tenemos inconveniente —dijo uno de ellos.

Rock sintió pena por ellos. Estaban asustados.

—Y tú brindarás conmigo —dijo tercamente el minero.

—Está bien, brindaremos —dijo Rock—, pero que vengan tus amigos también.

Rock quería que, acercándose al mostrador, le dejaran más libre la salida.

Obedecieron los mineros. Todos cogieron el vaso con whisky. Rock les imitó.

—¡Por el triunfo de la Unión! —dijo el minero, levantando su vaso e imitado por todos menos por Rock.

—¡Levanta tu vaso! —gritó el minero.

Así lo hizo Rock, gritando con voz potente:

—¡Por la Confederación!

Dejó caer el vaso y sus armas dispararon dos veces.

El minero provocador cayó sin vida.

Rock alcanzó la puerta y desapareció en el bullicio de la calle.

Cuando se rehicieron los asustados mineros habían pasado bastantes segundos.

La reacción fue rodear a los sudistas, amenazándoles.

—Nosotros no le conocemos —decían asustados.

—¡Es un cochino sudista! —exclamaron varios—. Como vosotros.

—¡Colgadles! —chillaron varios.

Todos ellos iban sin armas, decisión que tomaron para sentirse más seguros.

Protestaron con insistencia.

La entrada del *sheriff* salvó a los mineros de ser linchados.

Se informó el *sheriff* de lo sucedido.

—Si es así, no tienen ellos culpa. Debisteis coger a ese muchacho y no dejar que escapara.

Todos querían hablar a la vez, impidiendo que se pudieran entender.

Mientras, Rock iba al encuentro de sus amigos.

Refirió lo sucedido.

—No debiste actuar así; has comprometido a esos hombres. Les colgarán por tu culpa —dijo Bedford—. Hemos de ir en su auxilio si es necesario. Somos diez y la sorpresa puede ser un buen aliado nuestro.

—Iré yo a enterarme —dijo Forrest—; tú serías reconocido.

Aprobó Bedford esta decisión.

—Déjame ese traje —dijo Forrest a Rock.

No tardó mucho Forrest en estar en condiciones.

Cuando llegó al lugar descrito por Rock, un grupo rodeaba a cuatro personas y les empujaban entre protestas del *sheriff* hacia la plaza.

Comprendió en el acto que querían colgarles.

Buscó en las barras de los *saloons* varios caballos.

Cogió los primeros que encontró y soltando las bridas de la barra les dejó allí.

Necesitaba caballos para los cuatro. Había que sacarles de allí.

Pensó en intentarlo él solo, pero esto no sería posible.

Corrió en busca de los demás y dio cuenta al coronel de lo que pasaba.

—¡Cobardes! —gritó Rock.

Montaron los nueve a caballo.

Forrest llevó el suyo de la brida.

Él se encargaría de que soltasen a los cuatro.

Entonces entrarían a galope los nueve corriendo la pólvora.

Dejó Forrest su caballo con los otros, pero creyó que esto sería perder después mucho tiempo y pensó otro truco. Montó sobre el suyo y llevó los otros de la brida.

—¡Dejadme pasar! —gritó—. Sobre los caballos les veremos mejor.

Los mineros se apartaban.

Entendieron que iban a subirles sobre los caballos para, una vez puesta la cuerda al cuello, espolear a los animales quedando los jinetes bamboleándose.

La idea gustó a todos y pudo llegar Forrest con facilidad.

Bedford, como todos los mineros estaban presenciando el espectáculo, pudo acercarse con sus hombres llevando los caballos de la brida.

Vieron a Forrest, jinete, que sobresalía de la masa.

—¡Bravo! —exclamó Rock—. Ese sabe lo que se hace. Está engañando a todos. Creen que les montará a caballo para ser colgados. Cuando estén sobre los caballos, debemos intervenir.

—Montemos entonces —dijo Zumker, el capitán.

—Paciencia —dijo Bedford—, así somos menos visibles. Nos cubren las monturas.

Forrest consiguió llegar junto a los mineros insultándoles del modo más soez.

Hicieron montar a los mineros.

—Preparad los lazos —dijo Forrest con voz potente.

Ya se veía el árbol que habían elegido.

—No te preocupes, muchacho —le dijeron—. Ya están en el árbol las cuatro cuerdas.

Cuando los cuatro mineros estuvieron sobre los caballos, se oyó el galope de varias monturas y disparos de armas.

Todos corrieron a ocultarse.

—¡Vamos, galopad! —dijo Forrest a los mineros.

Aunque la mecánica cerebral de éstos no funcionaba bien, el instinto de conservación prevaleció impulsándoles a espolear a los animales.

Los nueve jinetes se unieron a los otros sin dejar de disparar al aire, consignada por Bedford.

—¡Son soldados! —gritaban los asustados mineros.
—¡Soldados del Sur! —decían otros.

Capítulo II

El grupo siguió galopando una vez fuera de la ciudad. Los mineros salvados milagrosamente de la cuerda eran quienes guiaban entre el laberinto de montañas.

—Podemos ir hacia México —dijo uno de los mineros.

—Vosotros podéis hacerlo; allí os consideraréis libres —dijo Bedford.

—Iremos adonde vayan ustedes —dijo otro minero.

—Prefiero que vayan a México. Ya somos muchos nosotros y no quisiera aumentar el grupo. Nosotros seguiremos hacia el Oeste.

A la mañana siguiente, desde lo alto de una colina, exclamó el teniente Loveland:

—Viene un grupo de jinetes allí lejos; nos persiguen.

—Sigamos entonces. Vosotros id hacia el Sur; meteos en México.

—No olvidaremos jamás, coronel, lo que ha hecho por nosotros —dijo un minero.

—Vuestra situación se hizo difícil por mí —medió Rock.

—No, ya lo era mucho. Esto nos ha permitido huir; muchas gracias.

Trataron de convencer al coronel para que les permitiera ir con ellos, pero se opuso con decisión.

—Si caminan en esta dirección —dijo un minero, señalando hacia el Oeste—, encontrarán los montes donde están los apaches. Será un buen refugio por una temporada.

Agradeció Bedford esta información y se despidieron de los mineros, que marcharon hacia México siguiendo las indicaciones del coronel.

Éste, con sus hombres, siguió en dirección oeste.

El grupo de jinetes continuaba detrás de ellos.

Cuando pudieron ver mejor a los perseguidores, dijo Forrest:

—Son soldados.

El coronel detuvo su montura y exclamó:

—¡Mejor! Lo prefiero, no huiremos. Vamos a luchar.

—Podemos emboscarnos y esperarles —dijo el teniente Loveland.

—No —dijo Bedford—. Presentaremos batalla noble. No son muchos más.

—Será exponer vidas inútilmente —dijo Sumker.

Comprendía que esto era cierto.

La emboscada es un ardid guerrero.

Sin embargo, no quería emplear este sistema de guerrear. Prefería presentar batalla noble y de frente.

Por eso dio la orden de esperar a que se acercaran más y cuando estuvieran a distancia prudencial entonces galopar hacia ellos.

Pero el cabo que mandaba a los soldados de la Unión creyó que le harían caer en una trampa y ordenó volver grupas hacia Silver City.

Bedford sintió que no le dieran oportunidad de pelear, aunque en el fondo prefería

no tener que hacerlo.

Un día vieron avanzar con una estela de polvo a la diligencia que iba escoltada por seis soldados, tres a cada lado.

—Debe llevar oro esa diligencia —comentó el sargento Punch—. Sólo en esos casos toman la precaución de escoltar.

—No tendríamos que llegar hasta Nevada si pudiéramos apoderarnos de ese oro —dijo el capitán Zumker.

Prepararon las monturas y cuando se disponían a descender, Clark llamó a gritos al coronel, diciendo:

—¡Fíjese, coronel! Están atacando a la diligencia.

Todos corrieron al lugar desde donde se dominaba bien la escena.

Un grupo de jinetes perseguía a la diligencia y su escolta.

Era muy superior en número y aunque la diligencia se desplazaba con rapidez, no tardaron en acercarse a ella.

—¡Son indios! —comentó Burkley—. Y usan fusiles. Disparan con armas de fuego.

—¡Cobardes! —gritó el coronel—. Vayamos en su ayuda.

No muy lejos se veía una ciudad.

El coronel dio orden de descender y, una vez en el llano, galoparon hacia la carretera.

Los soldados de escolta de la diligencia salieron en dirección a los atacantes, para facilitar la huida del vehículo.

Pero los indios no se dejaron engañar.

Un grupo se enfrentó con los soldados y otro continuó detrás de la diligencia sobre la cual disparaban sin cesar. Los indios diéronse cuenta poco después de la presencia de Bedford y sus hombres.

Desde la diligencia vieron este refuerzo que no esperaban y les saludaron con la mano.

Había dos heridos dentro de la diligencia y muertos el conductor y el cochero, por lo que los caballos iban aminorando la carrera.

Los indios huyeron al fin, siendo perseguidos por todos menos por el coronel, que se acercó a la diligencia cuando ésta se detuvo al fin.

Saludó militarmente a los asustados viajeros.

Había una confusión entre éstos.

Los heridos, con sus lamentos, ponían una nota patética al cuadro.

Una joven bellísima miró a Bedford extrañada por el uniforme.

—Hay dos heridos graves. Hemos de llegar al pueblo cuanto antes —dijo la joven al coronel.

Comprobó Bedford que esto era cierto y, sin darse cuenta de su situación, respondió:

—Voy a comprobar si alguno de la escolta quedó en condiciones de hacerse cargo

de la diligencia. Los conductores han sido muertos.

—No se puede perder tiempo —añadió la joven—. ¿Es que va a permitir después de su ayuda que mueran estos hombres? Uno es el general Ronson y el otro su ayudante el mayor Brown.

—Lo siento, señorita, no puedo hacer más. Veamos las heridas.

Acercóse a los heridos y comprobó que eran en realidad muy graves.

El mayor le miraba con ojos de asombro.

El general, al abrir los suyos, también mostró su extrañeza.

Bedford le saludó militarmente, y dijo:

—No teman, pasó el ataque. Los indios han sido ahuyentados. Les llevaré hasta el pueblo; allí habrá médicos. Sujétenle con unos pañuelos las heridas —dijo a la joven y a la otra mujer de más edad, que era la otra viajera.

Subió al pescante e hizo que la diligencia rodase de nuevo.

El capitán Zumker estaba comprobando el estado de los soldados de la escolta.

Tres habían muerto. Otros tres estaban heridos.

Rodeado de cadáveres de indios y de sus hombres, el capitán atendía a los soldados heridos.

Vieron avanzar a la diligencia y se sorprendieron al ver a Bedford en el pescante.

Éste detuvo el vehículo junto al capitán.

—Hay tres soldados heridos, mi coronel —dijo Zumker.

—Pásenlos a la diligencia. Les llevaré al pueblo.

—¡Es una locura, mi coronel! Le detendrán.

—No podemos dejar abandonados a los heridos —respondió Bedford.

—Yo llevaré la diligencia —dijo Kirby—. He sido conductor una temporada.

Kirby insistió y al fin Bedford comprendió que no era necesario su sacrificio.

La muchacha, que había escuchado, no comprendía bien.

Bedford asomóse al vehículo, saludó militarmente y dijo:

—Mi general, uno de mis hombres llevará la diligencia; sean benévulos con él.
¡Buena suerte!

La diligencia se puso en marcha.

—¡Ten cuidado, Kirby! —le gritó Bedford—. No hagas correr demasiado a los caballos.

—Buena suerte, coronel —gritó Kirby—. No tema, no me pasará nada.

La joven, asomada a la ventanilla, vio cómo los ojos de Bedford se llenaban de lágrimas.

—No comprendo esto —dijo al mayor y al general—. Ese joven se queda llorando.

—Es un caballero de honor —dijo el general.

—Nos ayudó y estaba dispuesto a llevamos él —comentó el mayor—. Aun sabiendo lo que ello suponía para él.

—Pero ¿qué sucede? —dijo la joven.

—Es un soldado confederado. No comprendo qué hacen por aquí —dijo el mayor.
—Gracias a ellos hemos podido libramos de los indios —decía un soldado.

* * *

Los militares de Tombstone ya tenían noticia de que un grupo de jinetes confederados andaban por las montañas apaches.

Habían avisado desde Silver City que iban en esa dirección.

Si Bedford hubiera sabido esto, no habría permitido que Kirby llevase la diligencia.

La llegada de ésta, conducida por un soldado del Sur, motivó el consiguiente revuelo.

Al ver los heridos que iban dentro y los cadáveres de los conductores lanzáronse sobre Kirby. Al frente de los amotinados iba un sargento que fue el primero en disparar sobre él.

Todo fue tan rápido que no pudo intervenir la joven ni los militares heridos.

El general había perdido el conocimiento.

—¡Quietos, quietos! —gritaba la joven—. Ese muchacho nos salvó la vida.

Ya era tarde. Kirby había muerto.

Miró al sargento con el «Colt» aún empañado y le dijo:

—Es usted un cobarde. ¡Un asesino!

—¡Era un confederado! Hay varios por las cercanías.

—¡Es usted un cobarde! Gracias a esos confederados salvamos la vida. Pregunte al general y al mayor. ¡Pobre muchacho! Si se enterase ese coronel que se despidió llorando de él, creo que vendría a por usted, miserable.

El sargento se alejó, pero ella no dejó de insultarle.

Cuando el sargento se acercó al mayor, dijo éste:

—He oído... Debió informarse, sargento; opino como esa joven. ¡Es usted un cobarde!

No se atrevió a replicar el sargento.

Los heridos fueron atendidos por el médico de la ciudad.

No estaban tan graves como habían supuesto. Horas más tarde estaba el general en disposición de hablar.

—¿Y el conductor? —preguntó—. Que no le molesten.

Los que escuchaban guardaron silencio.

Fue el médico quien le dijo lo sucedido.

—¡Miserable! ¡Qué diferencia de un militar a otro! ¿Qué pensará de nosotros ese joven cuando se entere? Se convertirá en una fiera, y no será responsable de ello. ¡Cómo me gustaría estrechar su mano!

El mayor no cesaba de protestar también.

El jefe militar de Tombstone quiso justificar al sargento:

—¡Debe ir a los campos de batalla! Allí podrá saciar su sed de sangre. Mató a un indefenso y es un delito militar. ¡Debe ser juzgado! No debe pensar ese coronel confederado que somos todos iguales. Hay que castigar a este cobarde.

El teniente que mandaba los soldados de Tombstone no sabía qué decir al mayor. Reconocía que era cierto lo que oía.

Las leyes militares no permitían lo que hizo, pero supuso que era uno de los que atacaron a la diligencia.

El sargento, asustado, desertó esa noche misma. Había marchado vestido de *cowboy*.

Capítulo III

Por lo sucedido, la joven viajera hubo de permanecer unas horas en Tombstone; fue la que más protestó de lo realizado por el sargento.

Los militares no se incomodaron con ella por comprender la razón que tenía para estar incomodada.

En la casa de postas no se hablaba de otra cosa; pero, en general, tratábase de un rebelde.

Al día siguiente nadie hubiera hablado de ellos de no ser por la deserción del sargento.

La diligencia, después de lo sucedido, tendría que ir más escoltada, pero en el fuerte no disponían de excesivo número de soldados y los apaches no habían dado muestras de inquietud en los últimos tiempos.

Ahora supondría un peligro cruzar la tierra dominada por ellos y sus montañas.

Después de los montes en que vivían los apaches, si Bedford llevaba sus hombres hasta el norte, no encontrarían en todo el curso del río San Pedro que fuesen de importancia como para buscar en ellas refugio durante el día.

Viajar con el uniforme de la Confederación era una locura. El propio Bedford tenía que reconocerlo, pero no querían dejar de ir como soldados.

Camaron hacia las montañas más altas que veían y que Forrest dijo que eran las que escoltaban a Tucson.

Desde las montañas de su nuevo refugio vieron pasar la diligencia y pensaron en Kirby.

Forrest, en los días que pasaban aislados y en quietud, había instruido al coronel en el manejo del «Colt» y del cuchillo.

Sonreía Forrest al observar la facilidad con que el coronel progresaba, diciendo entre bromas:

—Tiene madera de pistolero, coronel. Dentro de poco, ni aún yo me atrevería a enfrentarme con usted.

Todos practicaban para que las horas pasasen con más rapidez.

—Dentro de unas semanas, si seguimos teniendo munición —decía Rock, el tejano—, seremos un grupo de *gun-men*. Forrest y yo éramos los más rápidos, pero pronto nos veremos aventajados.

El problema era conseguir munición para los «Colt».

Rock se encargó de ello, pero no disponían de dinero de la Unión. Tenían del que circulaba por el Sur.

Esto suponía un gran inconveniente.

—Si al menos tuviéramos unos dólares, yo iría a Tucson a jugar. Hacer trampas a los yanquis no sería un delito. Se las he hecho muchas veces por California y Nevada, donde pasé unos años sin mucha suerte en las parcelas.

Rock le miró riendo.

—Creí que era yo sólo el ventajista de este grupo.

—Y éstos porque no se atreven a hablar —exclamó Forrest.

Esa noche, Forrest, mientras dormían los demás, se escapó en busca de ropa que le permitiera ir a Tucson con Rock, que marchó mucho antes.

En uno de los ranchos semiabandonados encontró ropa y munición, así como un cinturón vaquero con dos fundas y dos armas.

Encontróse con Rock, que pensaba lo mismo que él.

—Tendremos que asaltar a alguien si queremos encontrar dinero —dijo Rock.

Forrest, al tocar las fundas de sus armas, pensó en ellas como posible adquisición de dólares.

—Espérame aquí —dijo a Rock—. No tardaré.

Entró en un almacén y ofreció las fundas.

El dueño las miró con detenimiento, diciendo:

—¡Magnífico trabajo! No me desprendería yo de ellas. Aquí abundan estos trabajos, pero éstas son lo mejor que he visto.

—¿Cuánto da por ellas? —preguntó Forrest.

—¡Ah, eso es distinto! No valen gran cosa; te daré un dólar.

—¡No sé cómo me detengo!

Forrest le cogió violentamente por la camisa.

—¡Suéltame, me haces daño! Está bien, te daré cinco.

—¡Veinte! —gritó Forrest.

Minutos después salía Forrest sin fundas. Las armas las metió dentro del cinturón, bajo los pantalones.

Entregó la mitad de su capital a Rock.

Sentáronse a una mesa en la que supieron que habría más posibilidades.

Y no se equivocaron. Dos horas más tarde, tenían más de doscientos dólares cada uno, pero eran contemplados de un modo extraño por los otros jugadores.

Uno de éstos, molesto por su constante perder, exclamó:

—¡No comprendo la facilidad con que ganan estos dos!

Forrest miró al que habló, diciendo:

—Habla con sinceridad, no seas cobarde. Eres un fullero, ya lo observé, pero conmigo tus trampas, que te habían dado dinero en esta mesa muchos días, se estrellaron. Estoy seguro que todos los que me escuchan saben, que ganas siempre y que no haces otra cosa que jugar.

No esperaba el ventajista un ataque tan leal.

Se desconcertó, interviniendo entonces Rock, que añadió:

—No creas que le duele el dinero. Él es jugador y pierde lo que no es suyo. Le molesta que sus trucos, infalibles hasta ahora, fallen frente a nosotros. ¿Verdad que es eso lo que te duele? Creísteis que éramos dos víctimas fáciles, y os habéis equivocado. ¡Es agradable ganar a ventajistas como tú!

—¡No puedo tolerar que me habléis así! —gritó el ventajista—. Todos éstos me

conocen, y...

Sus manos se movieron rápidamente buscando las armas.

Forrest demostró que era muy superior a él.

—Debió conformarse con perder los dólares —comentó Forrest.

Ninguno de los testigos se movió.

Sabían que Rock haría lo mismo si se le provocaba.

Cuando se vieron en la calle los dos soldados, dijo Forrest a Rock que comprase munición y comida en el almacén en que él había vendido las fundas.

No hubiera pasado nada más a no ser por la fatalidad que acompañó a Rock.

En el almacén, cuando llegó, estaban discutiendo acaloradamente de algo que al principio no le interesó, pero que su cuerpo se envaró al oír hablar del asalto a la diligencia.

—Yo no creo que lo hicieran los indios —gritaba uno—, y está bien muerto ese cerdo sudista que se presentó conduciendo la diligencia en Tombstone.

Rock creía que estaba soñando.

—Lo aseguraba el general Ronson y el mayor Brown. Los sudistas les salvaron la vida. Dice el general y el mayor que les hubiera gustado mucho estrechar la mano de esos caballeros. Además, es testigo *miss* Agnes Milland. Le he oído referir, enfurecida, cómo el sargento mató al conductor.

—Aunque así sea —insistía el otro—, no es motivo para querer castigar al sargento, haciéndole desertar. Ese general Ronson debe estar loco, si no está inclinado a los sudistas.

—Esto es el Sur también —medió Rock—. Sudoeste, pero Sur al fin y al cabo.

Se le quedaron mirando sorprendidos.

Por fin uno de los que escuchaban, reaccionó:

—No querrás defender con esas palabras...

—Digo que, geográficamente, esto es el Sur y entiendo que ese general, cuyo nombre no te escuché bien, no está loco como supones. Gracias a esos sudistas salvaron la vida.

—Tiene razón este muchacho —medió otro—. Se lo he oído decir a *miss* Milland. Estaba furiosísima cuando llegó. Si coge ella al sargento Strong, hubiera sido capaz de matarle personalmente.

—¿Es cierto que desertó? —preguntó Rock.

—Sí, no debió hacerlo. Matar a un sudista no puedo suponer delito.

Rock tembló.

Pensaba en el coronel, pero recordó a su compañero Kirby, a quien ese sargento llamado Strong había asesinado.

—Un asesinato es siempre repulsivo y ese muchacho fue asesinado a cambio de un servicio. ¡Eso sólo pueden aplaudirlo los cobardes como tú! Después de escucharte eso, no hay duda de que eres un miserable. No hablarías así, estoy seguro, ante ese general Ronson.

—El general Ronson no es conocido por aquí, ni tú tampoco. ¿De dónde has salido? Pero ya no tienes remedio, me has insultado ante todos éstos y no puedes hacerte idea de lo peligroso que es ello. Sí, no me mires así. ¡Te voy a matar!

Forrest, desde la calle, oyó la carcajada de Rock y entró sorprendido y preparado. Conocía a Rock.

Éste decía en ese momento:

—Estoy observando a todos éstos; deben temerte porque me miran con compasión. Has de tener una fama terrible en este pueblo. ¡Buena sorpresa se van a llevar cuando te vean caer sin vida! Has cometido la torpeza de decir que Kirby estuvo bien muerto.

Forrest, que oyó esto, gritó:

—¡Eh! ¿Qué estás diciendo? ¿Mataron a Kirby?

—Sí, Forrest, le asesinó un sargento llamado Strong que ha desertado. Hemos de buscarle.

—¿Estáis oyendo? —dijo el *cow-boy* a todos—. Son amigos de ese cerdo sudista...

No pudo terminar lo que quería decir.

Rock disparó varias veces sobre él.

—¡Son sudistas! —exclamaron varios.

Exclamación que les costó la vida.

Forrest, como un loco, disparó reiteradas veces cubriendo la retirada de Rock.

Al huir se juramentaron para no decir lo sucedido al coronel.

En Tucson armóse un gran revuelo.

Los comentarios llegaron a los militares del fuerte.

Allí estaba invitada Agnes Milland, la mujer considerada más rica de Arizona. Su padre tenía las mejores minas y el más hermoso rancho.

—Hay que salir en persecución de esos rebeldes —gritó un teniente, mientras comían en las habitaciones del coronel, jefe del fuerte.

—Tiene razón, teniente —dijo el coronel—. Encárguese de ello, cogiendo los hombres necesarios y no regrese hasta que no me los traiga prisioneros.

—No pensará dar cuenta de ello a Washington.

Agnes vio cómo enseñaba los dientes amarillos de lobo, al reír, el teniente.

—Según lo que dicen —medió Agnes—, esos muchachos no podían hacer otra cosa. Vengaron a su amigo y compañero. No hay duda que son de ese grupo de valientes. A ellos les debo la vida y no ha de extrañar me exprese así.

—¡Son unos rebeldes! —gritó el teniente.

Yo no sé de esas cosas, teniente, para mí son unos caballeros a quienes debo poder discutir con usted en estos momentos.

—El teniente tiene razón —medió el coronel—. No podemos permitir que tan lejos del frente anden rebeldes matando leales a la causa de la verdad.

—Siento, coronel, no coincidir con sus palabras y confieso que si pudiera les

ayudaría.

Estas palabras, dichas al azar, hicieron pensar a Agnes.

Ayudarles...

Sí, claro que podría, pero para ello habría de ser ella quien primero encontrase a esos hombres.

Capítulo IV

Un *cow-boy* llegó gritando:

—¡Les he visto, patrona, les he visto; son ellos! Visten de uniforme. Estaban descansando junto al río, pero no es posible acercarse a ellos. Tienen montada guardia de vigilancia.

—¿Dónde están? —preguntó Agnes.

Escuchó al *cow-boy* y galopó en esa dirección.

Estaban dentro de su rancho.

—¡Coronel, coronel! Un jinete avanza firmemente hasta aquí.

—¿Disparamos sobre él? —preguntó Funch, el sargento.

—¡No somos asesinos! Escondámonos; si pasa y no nos descubre, mejor. Uno solo no os hará temblar —replicó Bedford.

Todos en silencio contemplaron el avance de Agnes.

—Viene hacia aquí —comentó el capitán Zumker.

—¡Escondámonos! Haced desaparecer toda huella nuestra —gritó el coronel.

En pocos minutos fue obedecida y cumplimentada su orden.

Agnes se detuvo junto al río. Desmontó y miró hacia el suelo.

Al fin gritó:

—¡Coronel! Sé que están por aquí. Soy amiga. Venía en la diligencia y soy la primera en lamentar que matasen a aquel valiente que llevó el vehículo hasta Tombstone. Quiero ayudarles. Les están buscando los soldados del fuerte.

Bedford, blanco como la nieve, apareció ante Agnes.

—¡Oh, coronel, creí que habría llegado tarde!

Los demás fueron apareciendo también.

Pidió Bedford aclaración a sus palabras.

Agnes refirió la muerte de Kirby y la actitud del general Ronson y del mayor Brown, así como la desertión del sargento Strong.

Entonces supo Bedford lo que Rock y Forrest hicieron en Tucson.

—No puedo reñiros por ello, pero no quisiera siguierais matando.

—Nos llamaron rebeldes, cerdos sudistas e insultaron a Kirby —dijo Rock.

—¿Qué diríais vosotros de unos yanquis metidos en el Sur, como nosotros aquí?

Todos guardaron silencio.

—Agradezco mucho su deseo de ayudarnos, *miss...*

—Milland. Agnes Milland —repuso rápida ella.

—Pero no puedo aceptar ese compromiso por su parte. Quien ayuda a un rebelde se convierte en rebelde a su vez —añadió Bedford.

—No podrán seguir por aquí con esos uniformes. Vístanse de *cow-boys*, yo les traeré ropa. Vengan a mi rancho; no me importa.

—No puedo aceptar, lo siento. Trataré de regresar a Texas... y llegar a los campos de batalla.

—Es una locura —dijo Agnes.

—Estos pueden aceptar si lo desean, pero yo...

—¡No! —respondieron a coro los demás.

Agnes sonreía.

—Vengan por lo menos a mi casa a pasar unas horas. No tienen qué temer.

Bedford aceptó por fin este descanso, más que por él por sus hombres.

Esa misma noche estaban todos reunidos en el comedor del rancho de Agnes.

La joven dijo que su padre había ido al Este para arreglar unos asuntos de negocios y que tardaría mucho en regresar.

Agnes aseguró que respondía de sus hombres.

No se hizo ni una alusión al asunto de la guerra.

Cuando los militares se encontraron en unos lechos blandos, no lo creían, pero no pudieron descansar.

Más de uno, para hacerlo, se acostó en el suelo.

Fue el primero Bedford en levantarse.

Se encontró con Agnes que ya estaba en el comedor.

Desayunaron juntos.

Ella protestó del deseo del coronel de marchar en seguida.

Estaban tan enfrascados en la conversación, que se generalizó con la presencia del capitán Zumker, que no se dieron cuenta de la aparición de Esther.

Agnes dio un salto felino en su asiento.

—No temas —dijo Esther, sonriendo—. Sólo yo he supuesto la verdad, pero estos caballeros han de tener mucho cuidado. El teniente les busca con afán. No deben salir de aquí, aunque es posible que venga a verte. Dijiste que serías capaz de ayudarles, y lo has hecho; te aplaudo. Debes permitirme colabore en esto. ¿No me presentas, o quieres que lo haga yo?

—¡Oh, perdona, Esther! Confío en ti.

Hizo las presentaciones.

—No deben comprometerse más por nosotros —protestó Bedford—. Avise a los muchachos, Zumker, nos iremos en seguida.

Pero las dos mujeres supieron convencerles.

Por su parte, los *cow-boys* hicieron amistad con los soldados de la Confederación.

Para ellos la guerra era cuestión que no comprendían bien.

Eran viejos los *cow-boys* del rancho; los jóvenes habían sido movilizados.

Cuando el teniente visitó a Agnes, encontró allí a Esther.

Una vez que marchó con sus soldados, Bedford se consideró más seguro.

Y así transcurrieron cuatro semanas.

Comprendía Bedford que no podría llegar jamás vestido así a California ni a Nevada.

Esto le tenía apesadumbrado.

Los soldados trabajaban de *cow-boys* demostrando la mayoría que sabían el

oficio.

Bedford siguió practicando con los «Colt» orientado por Rock y Forrest. Éstos aseguraron pronto que sería capaz de vencerles a ellos.

Agnes acompañó en estos ejercicios a Bedford, disparando ella a su vez.

Esther paseaba con Zumker mostrándose encantada.

—¿Por qué no terminará mañana mismo esta guerra idiota? —dijo un día a Agnes.

—Te has enamorado de Zumker, ¿verdad? —replicó Agnes.

—Estoy tan enamorada de él, como tú de Bedford.

—No lo creas.

—¿Crees que me engañas? No conseguirías hacerlo con nadie. Seguramente eres la única que lo ignora. Todos los demás están seguros.

—Él tampoco se dio cuenta entonces; no me ha dicho una palabra.

—Sois las dos personas más idiotas de Arizona —dijo Esther riendo.

Agnes ni Esther salieron del rancho.

Por eso no supieron que el teniente hizo colocar pasquines con premio y amenazas.

Habría mil dólares a quien facilitase datos para detener a los rebeldes y un castigo ejemplar a quienes lo ocultasen.

Esto tentó y asustó a uno de los *cow-boys*, que se presentó en el fuerte hablando con el teniente.

Esa misma noche fueron sorprendidos en el rancho Bedford y sus hombres.

Éste miró de un modo especial a Agnes, que no cesaba de llorar y de insultar al teniente.

De acuerdo con el coronel para no comprometer a Esther ni a Agnes, darían el parte como sorprendidos en el campo.

Consultado, Bedford no tuvo inconveniente en firmar una declaración en este sentido.

El coronel les consideraría como prisioneros de guerra.

* * *

Cinco semanas después llegaron al fuerte el general Ronson y el mayor Brown.

Agnes comía con la familia del coronel cuando éstos llegaron.

El coronel saludó respetuoso a su superior.

—He sabido que tiene aquí a unos prisioneros de guerra.

El teniente, que acompañó a los visitantes a las habitaciones del coronel, medió en la conversación diciendo:

—Yo no les consideraría como prisioneros de guerra, sino como espías, fusilándoles como a tales.

Agnes miró asustada a Esther.

El general lo hizo con desprecio al teniente.

—¿Estaban vestidos de uniforme? —preguntó el mayor Brown.

—Sí —respondió el coronel—, eso es lo que me hizo considerarles como prisioneros de guerra. No intentaron pasar inadvertidos.

—Entonces, no puede tratárseles como espías —dijo el general.

—Son unos rebeldes —dijo el teniente.

—¿Estuvo mucho tiempo en el frente, teniente? —preguntó el general.

El teniente guardó silencio inclinando la cabeza.

—Comprendo —añadió el general—. Sería conveniente pasara una temporada allí.

—No es militar de profesión —dijo el coronel—. Sólo las circunstancias.

—Comprendo —repitió el general—. Coronel, ¿podría ver a ese joven jefe del grupo de los confederados?

—Teniente —ordenó el coronel—, vaya en busca del coronel Bedford.

—¡Coronel...! —refunfuñó el teniente—. ¡Rebelde, indecente y cobarde! —Y salió.

Agnes estaba pendiente de la puerta.

Cuando Bedford, con el rostro cubierto de una barba sucia, apareció, le miró cariñosa.

Tanto el general como el mayor respondieron en pie al saludo militar de Bedford.

Los dos le tendieron sonriendo su mano.

—¿Autoriza, coronel, a que se siente con nosotros? —dijo el general.

—Lo que ordene, general —respondió el coronel—. Un cubierto —pidió a la criada.

—Le estamos muy agradecidos —dijo el general—. Le debemos la vida gracias a que supo arriesgar la suya y la de sus hombres por ayudarnos. No ignoraba lo que suponía en sus condiciones y, sin embargo, no dudó en acudir. Hemos sentido mucho el mayor y yo lo sucedido con aquel valiente que nos llevó a Tombstone. Escribí a Washington para que se le considere como un héroe.

Bedford tenía los ojos llenos de lágrimas al recuerdo de Kirby.

—Gracias, señor —dijo al fin.

Como militar comprenderá cuánto han de sufrir sus hombres si son conducidos a un campo de prisioneros. No se está muy bien en ellos. Hay una ley del presidente Lincoln por la que pueden elegir entre unirse al ejército de la Unión o prestar servicio como militares en estos puestos de la frontera del Oeste en protección contra los indios.

—¡Eso es una torpeza, general! —gritó el teniente—. Los confederados están tratando por medio de agentes de levantar a los indios del Oeste. Tal vez ésa era la misión de estos rebeldes.

—No acostumbro a juzgar los actos de los demás por mis resentimientos —dijo el general—. Le ruego me imite.

—Gracias, general —dijo Bedford—. Agradezco en lo que vale su oferta y buen deseo. Dejaré que sean mis hombres quienes decidan.

—Sería un buen refuerzo para este fuerte, ¿verdad, coronel? —dijo el general.

—Si les dejaran aquí nos lincharían a todos los *cow-boys* de Tucson. Hombres de este jefe rebelde mataron a varios en un bar de la ciudad.

—Conozco el caso, teniente —replicó el general—. Insultaron a su ejército y a un compañero. ¿Qué habría usted hecho en su lugar?

—Se habría callado como los cobardes —replicó Agnes sin poder contenerse—. Toda, la heroicidad del teniente ha sido detenerles por sorpresa cuando dormían en mi casa.

El coronel tosió fuertemente.

Agnes estaba poniendo en peligro su prestigio y su carrera.

El general sonrió.

—Bien, no discutamos más —añadió el general.

—Teniente, puede retirarse —dijo el coronel.

Con la ausencia del teniente, la tensión desapareció. Bedford supuso que ese hombre le odiaría siempre. Sería un inconveniente quedarse allí.

Capítulo V

Bedford habló con sus hombres sin querer decidir por cuenta de ellos.

Pero todos coincidieron con los puntos de vista de Bedford.

Lo que habría de resultar muy difícil había de ser vestir la guerrera azul y la gorra de los yanquis.

También les costaría trabajo acostumbrarse a no llamar coronel a Bedford.

Para ellos siempre sería su coronel.

Las dos mujeres conspiraban mientras a favor de los prisioneros.

Para Agnes era una gran alegría cuando supo que Bedford aceptaba el vestir el uniforme azul con sus hombres, pidiendo no tener que actuar jamás contra sus compañeros de armas los confederados.

Así lo prometió el coronel del fuerte.

La misión de ellos sería exclusivamente la protección de caravanas y diligencias contra posibles ataques de los indios.

No había más oficiales que el coronel y el teniente. Bedford vestiría en lo sucesivo de teniente yanqui. El coronel, padre de Esther, dio una fiesta en honor del general Ronson.

Fueron invitadas personalidades de Tucson, acudiendo, por lo tanto, de esta ciudad al fuerte.

El teniente, rodeado de amigos de Tucson, decía:

—¡Cobardes, traidores! Espero tener oportunidad de castigar a estos rebeldes como merecen.

Las mujeres, sin embargo, consideraron a los prisioneros de muy distinto modo que los hombres.

Y esto hizo enfurecer a Agnes, que no podía acaparar como ella deseaba a Bedford.

El teniente, bailando con ella, dijo:

—No debe estar tan inclinada hacia ese rebelde.

—Yo no sé de partidismos, teniente. Es americano, más que nosotros, porque es de Virginia, y allí en Nueva Inglaterra desembarcaron los primeros colonos.

—Es un traidor y tratará de escapar en la primera oportunidad que tenga.

—Si ha dado su palabra, no lo hará —respondió Agnes Incomodada.

—No lo hubiera pasado usted bien si dijéramos dónde estaban escondidos los rebeldes.

—Estoy seguro de que no fue idea suya, teniente.

—Desde luego. De no estar allí *miss* Esther... Pero seguirán siendo para nosotros unos rebeldes, aunque vistan en adelante el uniforme de la Unión.

Por fortuna para Agnes terminó el bailable.

Los invitados, orientados por el teniente, no cesaban de decir impertinencias hirientes para Bedford y Zumker, que con Loveland eran los que estaban en la fiesta.

El teniente Loveland sería sargento.

Bedford consiguió que Zumker, ante la falta de oficiales en el fuerte, quedase como teniente, igual que él.

—General —dijo el juez de Tucson—, las últimas noticias dicen que los sudistas están corriendo como gamos. Son unos cobardes. Pronto terminará la guerra con su aplastamiento total.

Agnes vio palidecer a Bedford.

También el general miró a éste al oír al juez.

—Y el castigo que se dé a esos rebeldes ha de ser ejemplar —añadió el teniente.

Comprendió el mayor Brown que lo que se proponían era molestar a Bedford y dijo interviniendo:

—No debemos comentar esas cosas ahora. Estamos en una fiesta y las mujeres no deben saber de asuntos tan tristes.

Bedford miró con gratitud al mayor.

Agnes acercóse a Brown y, cogiéndole una mano, le dijo:

—Gracias, mayor.

Pero ni el juez ni el teniente estaban decididos a ceder.

—Teniente —dijo el padre de Esther—, ¿quiere ver si hay novedad en el fuerte?

Comprendió el teniente que le echaban de la fiesta.

—Teniente —dijo el general—, es posible que no nos veamos, porque pienso marchar temprano. Como sé que desea estar de nuevo en el frente, enviaré su nombre para que sea destinado. Ahora el coronel ya tiene quien le ayude aquí. Le deseo buena suerte.

—No estoy mal aquí, mi general —replicó el teniente.

—Los hombres útiles hacen falta —añadió el general.

Se inclinó el teniente y sin decir nada más salió.

—Coronel Bedford —dijo el general—, ruego perdone a estos hombres.

—No se preocupe, mi general. Es natural y lo comprendo.

Agnes sacó a James de la fiesta para pasear por el patio del fuerte.

La noche era hermosa.

La joven cogióse del brazo de James y paseó inclinando su cabeza sobre un brazo de él, ya que no le llagaba ni al hombro.

Cruzóse el teniente con ellos y pasó sin saludarles.

—Ese hombre me odia siempre —dijo James.

—No te preocupes. Pronto será trasladado —replicó Agnes.

—Por eso aumentará su odio.

—No comprende las cosas como el general, el coronel y el mayor; me dijo Esther que no es militar de profesión. Sus modales son groseros. Cualquiera sabe de dónde procede. Es una mala persona.

Después, ya no hablaron más del teniente.

Agnes quería saber cosas de Virginia.

Bedford hizo un cálido canto de su tierra.

Así pasaron las horas, hasta que Esther les llamó.

—La fiesta va a terminar y os echan de menos —les dijo.

Entraron los tres y Bedford pidió perdón por la ausencia.

Pero los otros eran hombres también y comprendían a Bedford. Era demasiado bonita Agnes.

Zumker hallábase entusiasmado con Esther y ésta con él.

La madre de Esther contemplaba a su hija y sonreía.

—Nuestra hija es feliz —dijo a su esposo cuando se retiraron terminada la fiesta.

El coronel no hizo comentarios.

Las dos jóvenes, al estar solas en el cuarto de Esther, se abrazaron entusiasmadas.

—¡Me quiere, me quiere! —decía Esther.

—Creo que a James le sucede lo mismo conmigo —dijo Agnes.

—Tú le amas, ¿verdad? —preguntó Esther.

—Sí, no quiero negártelo. Sería capaz de todo por él.

—También yo, pero me da miedo el teniente.

—Serán iguales en categoría y no podrá molestarles mucho.

—No conoces a ese hombre —dijo Esther—. Le tengo miedo porque sé que está enamorado de mí. Le diré valientemente al general que le saquen de aquí.

—No necesitas pedírselo. Lo hará de todos modos. No te importa que pase aquí temporadas.

—Estoy encantada.

Tardaron mucho en quedar dormidas.

Los hombres de Bedford no preguntaron qué tal la fiesta.

No quisieron disgustarles y silenciaron las indirectas agresivas del juez y del teniente.

Bedford temía a Rock y a Forrest.

El toque de cometa les despertó cuando hacía poco que se habían dormido.

Acudieron a la llamada.

El coronel estaba en el patio.

—¡A formar! —gritaba el teniente.

Dio cuenta el coronel de la noticia llegada de Tombstone.

Habían matado los indios a los militares que había allí y no era posible transitar por la carretera que iba a Nuevo México.

—Es necesario —dijo el coronel— cruzar la tierra de los indios y acudir en solicitud de ayuda.

—Señor —dijo Bedford—, si me lo permite puedo ir.

—No conoce el territorio —protestó el teniente—, será mejor confieses que piensas aprovechar esta oportunidad para huir.

Miró con odio a Bedford al decir esto.

Bedford no respondió.

—¡Teniente! —gritó el coronel—, no soy partidario de llamar la atención a mis oficiales en público. Esta vez no tengo más remedio que hacerlo. Espero que sea la última vez que molesta al teniente Bedford.

—Yo conozco este terreno, señor, y también el idioma de los indios —dijo Rock—, podría cruzar sus terrenos. Sus costumbres me son familiares. Será mejor que vaya yo, coronel —dijo a Bedford.

—Teniente, Rock, no lo olvides —respondió Bedford.

—Está bien, coronel, como desee.

El general sonreía.

—Ese hombre ha de ser tejano —comentó con Brown.

—Deben querer mucho a ese muchacho —respondió el mayor—. Influya para que le permitan ir.

Así lo hizo el general.

El coronel accedió y Rock fue encargado de ir a Silver City.

Al oír el nombre de Silver City, Bedford pensó en lo sucedido allí, pero era posible que vestido Rock de soldado yanqui no fuera reconocido.

El teniente guardó silencio.

Pero el general dijo al coronel:

—Si ese hombre permanece aquí, tendrán muchos jaleos.

—Estoy de acuerdo, general, pero no puedo prescindir en estas circunstancias de nadie.

—No espero que los indios se alejen tanto de sus montañas —comentó el general.

El coronel pensaba como él.

Rock preparó su caballo.

—No debe ir vestido de soldado —dijo el coronel—. Le será más fácil cruzar la tierra de indios.

—Caminaré de noche —dijo Rock—. Ellos no matan sin luz del día. El gran espíritu lo prohíbe. No habrá cuidado.

Comprendió Bedford que Rock se consideraba más seguro con ese uniforme.

El coronel no insistió.

Escribió unos papeles, que entregó a Rock.

Bedford abrazó a su hombre deseándole mucha suerte.

* * *

Cinco días después llegó una caravana al fuerte.

Venían del Oeste.

Era un envío por cuenta de los compradores del ejército.

Tuvieron que detenerse hasta el regreso de Rock.

Éste había caminado solamente de noche, llevando el mismo rumbo y camino que ya conocía.

Debía darse prisa. Los refuerzos tenían que llegar con rapidez, si querían ser eficaces.

Por eso, después de pasadas las montañas de los apaches, galopó a toda velocidad.

Pero cuando estuvo en Silver City no había refuerzos que poder emplear en ningún sitio.

Habían sido llevados hasta el Fuerte Thomas.

Rock no se entretuvo.

Pidió un documento a las autoridades de Silver City para demostrar que había llegado hasta allí.

Supo que Fuerte Thomas estaba mucho más cerca de Tucson que Silver City y no se explicaba la razón, de haber sido enviado a este último lugar.

Cuando regresaba a Tucson, pensó mucho en esto.

En Tucson eran pesimistas respecto al paradero de Rock.

No creían que podría regresar.

Bedford paseaba silencioso.

No se habían vuelto a tener noticias de los apaches.

El coronel empezaba a confiarse y a no creer que había peligro.

El general fue asimismo partidario de la tranquilidad.

Marchó antes de que regresara Rock.

Por ello Rock fue recibido con la máxima alegría, sobre todo por parte de Bedford, aunque quizá fuera quien menos lo expresó.

Dio cuenta de lo sucedido y supo a su vez que no hubo nada grave en Fuerte Thomas.

El coronel aclaró que en ese fuerte había la guarnición mínima, por lo que no acudió en demanda de auxilio a ellos.

Esto tranquilizó a Rock.

Capítulo VI

Fue trasladado el teniente a los frentes del Este, con lo que la vida de los confederados fue más llevadera, ya que el coronel les soportaba mejor.

Había creído que sería una cosa pasajera lo de su hija Esther con Zumker, pero los jóvenes estaban muy enamorados y, entonces, el coronel empezó a disgustarse por las burlas de las familias de los sargentos y aun de los soldados.

Esther dióse cuenta del cambio de actitud de su padre.

Agnes le aconsejaba tener paciencia.

Bedford no perdió su melancolía.

Las cosas iban a complicarse mucho para éste y sus amigos.

El coronel recibió noticias de haber muerto su hermano en uno de los combates, meses antes, a consecuencia de una carga de la caballería sudista. En el contraataque quedaron algunos escuadrones rebeldes aislados de sus fuerzas.

Miró con odio a Bedford y a Zumker.

Le anunciaba su sobrina que iba a reunirse con ellos, ya que no tenía otra familia.

Paseó nervioso por su habitación.

—Debes tranquilizarte —le dijo su esposa—. Comprendo que ha de entristecerte, como me entristece a mí, pero eso... es la guerra.

No respondió y siguió paseando furioso.

—Dile a Esther —gritó al fin— que no quiero verla hablando con Zumker o echaré a éste del fuerte.

La mujer le miró asombrada.

—¡No repliques! —añadió el coronel—. No quiero les defiendas. Tenía razón el teniente. Son unos rebeldes que no merecen más que plomo.

Hasta entonces habían comido Bedford y Zumker con el coronel y su familia.

Dio orden el coronel de que la caravana que fue retenida por miedo, saliera inmediatamente protegida solamente por los confederados.

Las órdenes las comunicaba un sargento.

Esther fue avisada por su madre de lo que sucedía.

La madre, para evitar que desobedeciera a su padre por conocer a la hija, la encerró en su habitación, quedándose con ella.

La caravana se dispuso en pocos minutos a proseguir su viaje.

Habían permanecido en el fuerte demasiado tiempo.

Bedford, por conducto del sargento, pidió instrucciones de hasta dónde debía escoltar a la caravana.

La respuesta del coronel le hizo meditar.

Le respondió que podía ir hasta Virginia con ellos si es que eran capaces de llegar.

Justificó la actitud del coronel por conocer la noticia recibida respecto a la muerte del único hermano que tenía.

Zumker quiso despedirse de Esther, pero le dijeron que estaba enferma en su

habitación.

Agnes estaba en su rancho. Tampoco podría despedirse de Bedford.

Horas después de marchar la caravana llegó Agnes al fuerte.

Esther salió a su encuentro abrazándose a la amiga.

Las dos lloraban.

Durante la comida dijo el coronel:

—Debéis estar contentas. He facilitado la huida a esos rebeldes. Aquí estaban a disgusto.

—No comprendo, papá, por qué les odias tan intensamente. Tú eres militar y debías comprender mejor.

—Calla —gritó el coronel—. Ellos provocaron esta guerra. Son unos rebeldes. Debí fusilarles, como, quería el teniente.

—Ellos no lo hacen con los prisioneros del Norte —replicó Agnes—. Habría sido una cobardía.

—Es posible que sean los asesinos de mi hermano. Les he tenido aquí, en mi casa, y estreché sus manos.

—Cuando usted estuvo guerreando, tal vez mató a familiares de ellos —dijo Agnes.

—¡Bueno! Por fortuna no volverán más. Los indios se encargarán de ellos. No están muy tranquilos y cuando vean la caravana y los soldados... Por eso no he querido que vayan soldados leales. Sólo van los rebeldes.

Esther púsose en pie como movida por un resorte.

—¡Te has vuelto loco, papá! ¡Tú no puedes estar al mando de hombres! Estás confesando que has cometido un asesinato. Si odias a esos muchachos, ¿por qué envías a la muerte a mujeres y niños inocentes que van en la caravana?

—Debe enviar un jinete con orden de regresar —gritó Agnes—. No puede en su odio llegar a tanta monstruosidad.

—Serán unos héroes y morirán por una cosa justa..., si no huyen, como hacen en todos los sitios.

Agnes abandonó el comedor.

Esther fue detrás de ella, alcanzándola en el patio.

—No me abandones —le dijo.

—Voy a alcanzarles yo —respondió Agnes—. No deben llegar a las tierras de los apaches.

—Hace muchas horas que marcharon.

—Les alcanzaré.

Esther quedó convencida.

Y Agnes montó a caballo alejándose.

No se engañó. Alcanzó a la caravana antes de llegar a Tombstone.

Bedford, al ver a Agnes, sonrió:

—No pude ir a despedirme. La orden de salida fue fulminante —le dijo.

—Lo sé. El coronel está loco. Os ha enviado para que los apaches caigan sobre vosotros. Tenéis que volver o deteneros aquí. Diles que has observado movimiento de indios.

—No puedo.

—No irás a demostrar que eres tan orgulloso como para poner en juego la vida de todos estos seres —gritó Agnes—. Si por orgullo no quieres retroceder ni detenerte, no arrastres a éstos a la muerte. Vete tú solo con tus hombres. Eres como el coronel: un loco. El odio os ciega. Me equivoqué contigo.

Zumker y Loveland convencieron a Bedford que era justo lo que había dicho la muchacha.

—Nosotros no podremos enfrentarnos con éxito a los indios, y las vidas de estos colonos y familias se perderán de modo irremediable —decía Zumker.

Aceptó como exacto Bedford este estado de cosas y decidió acampar en Tombstone para que la caravana no mermase sus víveres.

La mayoría eran comerciantes.

Sólo dos carretones pertenecían a colonos que regresaban a Texas.

Agnes iba muy disgustada con ella misma, pero aun deseándolo no quiso volver.

Acababa de acusar a James Bedford de orgulloso y ella, por orgullo, no se atrevía a regresar junto al hombre que amaba para convencerle de que no debía seguir.

Esther la recibió confesando que no había descansado desde su marcha.

Cuando dijo Agnes lo sucedido, Esther la acusó de orgullosa y estúpida.

Reconociendo que era cierto, no se incomodó Agnes por ello.

—Me doy cuenta que no podía hacer otra cosa. Es militar y si no cumple las órdenes podría ser fusilado. Es tu padre el culpable de todo esto. Escribiré al general Ronson.

Esther no discutía la culpabilidad de su padre, ya que era ella la primera en afirmarlo.

Agnes dudaba en salir de nuevo detrás de Bedford. Sabía que podría alcanzarles.

Esther la decidió.

Iría con ella.

No perdieron tiempo.

El coronel no sabía nada por creer en el fuerte que había ido al rancho de Agnes.

Cuando llegaron a Tombstone, bastantes horas después, supieron que la caravana había seguido, después de consultar Bedford con los componentes de la misma.

—Ya no podremos convencerles —dijo Agnes.

—Yo marchó con Zumker —replicó Esther.

—No. Eso no. Si salen con vida y te ama ya vendrá a buscarte. Eso que te propones es una locura. Tus padres te odiarían siempre y mucho más a él.

No fue muy sencillo convencer a Esther, pero al fin lo hizo.

Quedáronse en Tombstone a descansar.

Al día siguiente, cuando se disponían a regresar al fuerte, llegó un jinete huido de

la caravana a dar cuenta que habían sido atacados por los indios.

Agnes y Esther le buscaron.

Estaba en un bar rodeado del *sheriff* y de muchos curiosos.

—Hay centenares de ellos —decía el jinete—, no podrá escapar ninguno con vida a no ser que acepten la proposición que ha hecho el teniente Bedford, a quien sus hombres le llaman coronel. Dicen que es un coronel confederado. ¡Es un hombre! Propuso al jefe indio entregarse él a cambio de que dejen tranquilos a los demás.

Agnes dio un grito de angustia.

—Eso es una locura. No lo permitirán sus hombres —dijo Agnes.

—Le obedecen y respetan. Harán lo que él diga —replicó el jinete—. Hubo una discusión. Todos querían entregarse, pero dijo Bedford que preferiría al jefe. No sé lo que respondería el jefe indio. Yo me escondí y pude arrastrarme entre los pastos.

—Hay que formar un grupo de jinetes y acudir en su ayuda —dijo Agnes.

Pero los vaqueros y rancheros no pensaban así.

—Los indios —dijo el *sheriff*— odian a los militares. Con nosotros no se metieron cuando atacaron a los militares de aquí. No debemos provocarles. Avise al fuerte.

Agnes pensó en el padre de Esther.

Estaba segura de que se negaría.

Otro vaquero llegó con nuevas noticias.

Se veía regresar a la caravana.

Como locas, las dos jóvenes montaron a caballo para ir al encuentro de la caravana.

Zumker les salió al encuentro.

Esther, después de desmontar, se abrazó a él llorando.

Zumker lloraba como ella.

Rock y Forrest abrazaron a Agnes.

Comprendiendo lo sucedido, Agnes perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí se encontró en uno de los carretones y ya en Tombstone.

La caravana se quedó en Tombstone.

Los militares regresaron al fuerte.

Zumker, ante las dos mujeres, habló así a sus hombres:

—Estoy seguro que el coronel, a quien todos sabéis que quería más que a un hermano, no aprobaría lo que os proponéis. No es posible que nos enviaran a morir. Rock, Forrest, quiero vuestra palabra de honor de que no haréis lo que sé que pensáis. El coronel Bedford os lo reprocharía de estar aquí.

Nadie replicó.

Esther miraba ansiosa a Rock y Forrest.

—¡Mataré tantos yanquis como balas tengan mis «Colt»! —gritó Rock—. No podrá reírse quien asesinó a un hombre tan bueno como nuestro coronel.

Cuando los soldados en el fuerte recibieron a los expedicionarios y echaron de

menos a Bedford, se miraron entre sí.

—¿Qué sucedió? ¿Por qué regresan tan pronto? ¿Y el teniente Bedford? ¡Desertó! ¡Lo suponía, era un cobarde y un traidor!

Esther se abrazó a Rock cuando éste iba a sus armas.

—¡Eres un miserable, papá! —gritó Esther ante el asombro de todos—. El coronel Bedford, del ejército de la Confederación, ha entregado su vida por salvar a la caravana que le confiaste a sabiendas de que los indios le atacarían. Por eso no quisiste que les acompañara uno solo de tus hombres. Y aún te permites llamarle cobarde..., ¡tú!

La madre corrió a abrazar a su hija.

Zumker, a lo militar, dio cuenta de lo sucedido.

—Pido perdón por mis frases anteriores —dijo el coronel.

A la hora de la comida, Zumker y Loveland, hecho teniente, se disculparon para no asistir al comedor del coronel.

Éste empezó a tener miedo de los confederados.

—¡Han vuelto para matarnos a todos! —dijo a su sargento de confianza—. Enciérrelos como prisioneros de guerra. Daremos cuenta de ello.

El sargento, con los hombres a su disposición, cumplimentó el encargo del coronel.

Y enviaron un escrito diciendo que hablan sido sorprendidos cuando intentaban desertar.

Un jinete llevaría los documentos al puesto superior en Phoenix para que fueran juzgados con rapidez.

Pero no tuvo suerte el coronel.

En Phoenix estaba el mayor Brown, quien fue encargado con un capitán de ir, acompañados por un escuadrón, para investigar lo sucedido.

El general Ronson llegaría poco después, ya que Brown le envió una súplica en este sentido.

El general estaba en Fuerte Thomas.

Cuando el coronel vio al mayor Brown ante él con la orden escrita de que era portador, sintió miedo.

Tenía instruidos a sus hombres, pero habría preferido otro militar cualquiera.

Creyó que le facultarían para hacer justicia.

Agnes estaba en el fuerte con Esther.

Tan pronto supo quién era el militar llegado, le buscó y habló largamente con él.

Después, el mayor Brown visitó a los detenidos.

Les tranquilizó afirmando que no debían juzgar a todos los militares de la Unión por el coronel.

—No debe preocuparse ya de los detenidos —dijo el mayor al coronel—. Se hará justicia.

—Aún no escuchó a mis hombres —protestó el coronel.

—No lo necesito, coronel. Está todo muy claro.

—Sí, desde luego. Una desertión no tiene más que un castigo y mucho más si son rebeldes.

El mayor guardó silencio.

Esperaba a que el general Ronson llegase.

No quería actuar sólo por su cuenta, aunque el capitán que le acompañó estaba de acuerdo con él.

Esther habló también con Brown.

Éste fue dando largas al asunto.

Hasta que cuatro días después llegó el general Ronson.

Le acompañaban varios jefes y oficiales. Entre ellos el coronel jefe del fuerte Thomas.

Todos fueron informados por Brown de lo que sucedía.

Al padre de Esther no le daban cuenta de nada.

Por fin, al segundo día de llegar Ronson las cornetas ordenaron formar a todos en el patio.

El general dio orden de que salieran los detenidos.

El coronel creyó que iban a fusilarles.

Pero cuando los detenidos aparecieron en el patio, la corneta, dirigida por Ronson, ordenó presentar armas a su paso.

Ronson, en persona, acercóse a los confederados diciendo en voz alta:

—Me cabe el honor, en nombre del ejército de la Unión, de rendir un homenaje de admiración a este puñado de valientes que han hecho gala de sus virtudes castrenses en varias ocasiones a pesar de las excepcionales circunstancias que concurren. Y lamento con toda mi alma, de hombre y soldado, la ausencia de vuestro jefe, el coronel Bedford, honra de la raza, que se sacrificó en bien de los demás. He escrito a Washington para que su nombre figure entre los héroes de Estados Unidos, con el ruego de que se envíe una notificación al general Lee para que se sienta orgulloso de tener servidores como vosotros. Para los actos de valor no existen banderías y a mí me agrada ser esclavo de la verdad. Por eso afirmo que sois un puñado de valientes que me honraréis si aceptáis mi mano.

Zumker fue el primero, llorando de emoción como un niño, en aceptar la mano que se le tendía.

Ronson abrazó a todos, que lloraban ante el recuerdo de Bedford.

Agnes y Esther, abrazadas, lloraban también.

El padre de Esther, lívido, contempló en silencio la escena.

Ronson encerróse en el despacho con él.

Cuando salió Ronson del despacho, dijo:

—El coronel no se encuentra bien y me ha solicitado un descanso que le he concedido.

Capítulo VII

Había terminado la guerra y los soldados fueron desmovilizados.

Agnes despidió a Zumker y sus amigos.

Rock y Forrest quedaron de vaqueros en su rancho.

El padre de Agnes hacía lo que ella quería.

Había ganado una gran fortuna con la guerra.

Agnes quiso ir a visitar a Esther, que vivía en Kansas.

Se habían escrito con frecuencia.

Carolina vivía con Esther, era la prima que anunció su llegada al fuerte y que por temor a los indios no la dejaron cruzar las tierras dominadas por éstos.

Zumker pudo seguir en el ejército de capitán.

Loveland ascendería pronto a capitán también.

Funch, el sargento, también se quedó en el ejército.

Los tres fueron destinados a los fuertes del Oeste.

El padre de Esther accedió al fin a las relaciones de ésta con Zumker y se casaron meses después de terminada la guerra.

Agnes estuvo a su lado.

Loveland se enamoró de Carolina en la boda de Esther.

Prometió días más tarde que se casarían cuando ascendiera a capitán.

La vida en el país fue ajustándose lentamente.

Pero la división entre yanquis y sudistas duraría muchos años, promoviendo reyertas.

Rock y Forrest, cuando oían alabar a los yanquis, hacían elogios del general Lee.

Las peleas se sucedían hasta que terminaron por no provocarlas.

Habían sido peleas con los puños, pero un día intervinieron las armas y esto hizo que les respetasen y les temieran.

Agnes estaba siempre reprendiéndoles con cariño.

Hacía ya un año que terminó la guerra y Milland presentóse en el rancho con un amigo como invitado.

Éste paseaba con Agnes por el rancho.

Rock y Forrest dejaron de hablar a la muchacha.

Un día festivo estaban los dos en el bar y vieron entrar al invitado de su patrón con otros acompañantes, a quienes no conocían.

Minutos después sabían que eran negociantes de Santa Fe.

—No me gusta esa gente —dijo Rock—. Huelen a ventajistas a muchas millas.

—¿No te fijaste? Yo me tapé la nariz cuando entraron.

Rock echóse a reír ante la respuesta de Forrest.

Forrest dio con el codo a Rock.

Uno de los comerciantes decía al invitado del patrón:

—¿De modo que es serio eso de tu boda con la hija de Milland?

—No creo que Agnes se case con nadie —comentó el *barman*—. Estuvo muy enamorada de un hombre.

—Tú te callas y hablas cuando te pregunten —replicó con malos modales el comerciante.

—Sí, nuestra boda se celebrará en breve —respondió el aludido—. Estuvo deslumbrada por un rebelde. Le conoció en unas circunstancias especiales, pero no era amor.

—¿Has oído, Rock? —dijo Forrest en voz alta—. ¡Que no amaba al coronel! ¡Pues no había diferencia entre el coronel y este petimetre!

El *barman* sonreía complacido. Conocía a Rock y Forrest.

—¡Vosotros no os metáis en esto! —gritó un acompañante del novio, según él, de Agnes.

—¡No habléis de la patrona! Ella no se casará con ése —dijo Rock—. Soy capaz antes de darle una paliza quitándole todo deseo de insistir.

¿A mí tú me vas a dar una paliza? ¿Habéis oído?

Y se echó a reír de un modo tan escandaloso que Rock miró a Forrest.

—Si te conocieran no hablarían así —comentó otro acompañante.

—Creo que eran amigos de ese rebelde. Son sudistas también y están furiosos por la paliza que les dimos.

—Tú eres demasiado cobarde —gritó Rock—. ¿Dónde estuviste durante la guerra? ¡Escondido, estoy seguro!

—Ten cuidado, Rock —dijo Forrest cómicamente—. No le conocemos...

—Ahí está *miss Milland* —dijo alguien—. Viene con su padre.

Segundos después apareció Milland en la puerta con Agnes a su lado.

—¡Emil! —llamó.

—¡Estoy aquí! —respondió el que decía que iba a casarse con Agnes—. Habéis tenido suerte —dijo a Rock.

Agnes, al ver a los dos vaqueros, les saludó con la mano, pero los dos se volvieron de espaldas.

La muchacha, furiosa, se encaminó hacia ellos.

—¿Qué os pasa conmigo? —les dijo—. ¿Por qué estáis enfadados? ¿Qué os he hecho?

—Déjales, Agnes —dijo Emil—, estaba discutiendo ahora yo con ellos. Siguen siendo sudistas.

—No es una deshonra ser sudista. Yo simpatiqué con ellos —exclamó Agnes.

—Ya lo creo —añadió Emil—. Ya me lo ha dicho tú padre, hasta cometer la locura de ocultar en tu casa a un grupo de rebeldes.

—Y haría hoy lo mismo si fuese necesario. ¿Qué os pasa conmigo? —dijo a los dos.

—Nada, nos vamos del rancho —respondió Forrest.

—Eso sí que es tener sentido común —dijo Emil—. Iba a pedir a tu padre les

echase.

—¿Por qué os vais? ¡Hablad! —pidió Agnes disgustada.

—No queremos estar en él cuando la boda —dijo Rock.

—¿La boda? ¿Qué boda?

—La suya —replicó Forrest.

¿Mi boda? Si yo no pienso casarme.

—Acabamos de oír a ése, que será muy pronto.

Emil estaba furioso.

—Escucha bien esto y tú lo mismo, papá. No pienso casarme, y contigo menos.

El *barman* se frotaba las manos de satisfacción.

—No creo que tengas que dar cuenta a unos vaqueros de asuntos que debemos resolver nosotros —dijo Emil.

—No hay nada que resolver. Quiero que todo el mundo en Tucson sepa que no pienso casarme contigo. Pero tienen razón éstos. No debí pasear en tu compañía. Has creído con ello lo que no era.

Rock y Forrest sonreían. Estaban alegres.

—No comprendo esto —decía un acompañante de Emil—. No te conozco, Emil. Y todo ha sido por estos charlatanes. Cualquiera diría que está enamorada de uno de estos mentecatos.

—¡Quieto, Rock! —gritó Agnes—. No pueden ofenderme. Están dolidos porque mi rancho, no yo, se les escapa.

—Emil es mucho más rico que tú y son muchísimas las mujeres que se considerarían dichosas con su elección por parte de él —dijo el amigo de Emil.

—Entonces será conveniente que busque una de éstas. Así le haré feliz.

—No discutáis más y vámonos —habló al fin el padre de Agnes.

—Perdóname, papá. Iré después. He de acompañar a Rock y Forrest.

—Creí que odiaba a los cobardes —dijo un acompañante de Emil.

Forrest, que estaba más cerca, le cogió en vilo y le sacó hasta la puerta. Allí le echó a la calle, sacudiéndose cómicamente las manos.

Rock, con las manos junto a las armas, observaba a los demás.

Su actitud era tan significativa que ninguno se movió.

Forrest estaba pendiente de la puerta.

El lanzado al centro de la calle, segundos después entraba con un «Colt» en cada mano.

Sorprendió a Emil y amigos, Forrest, al disparar primero.

Emil miró a los dos vaqueros que salían con Agnes sin volver la espalda.

—¡Son peligrosos esos muchachos! —dijo Emil.

—No se vio por aquí nadie más rápido que ellos —comentó el *barman*.

—¡Les echaré del rancho! —dijo Milland.

—Dará un disgusto a su hija —volvió a decir el *barman*.

—¿Está enamorada de alguno de ellos? —preguntó un acompañante de Emil.

—No. Estuvo enamorada del coronel jefe de ellos. Éstos le recuerdan a aquél, que se sacrificó por salvar una caravana y que antes salvó a ella de los indios —dijo Milland.

—Gran hombre aquel coronel —dijo el *barman*.

—¿Qué piensas hacer, Emil, te quedas? —dijo otro de sus amigos.

—No. Marcharemos a Santa Fe. Aquí ya hemos terminado.

—No tengas prisa —dijo Milland—. Aún no hablé yo.

—Está bien, me quedo —dijo Emil—. Ya veremos lo que pasa.

Agnes se cogió de un brazo de cada vaquero.

Les estuvo riñendo.

—Es que no nos agrada que se case —dijo Rock—. Comprendemos que tendrá que hacerlo, pero pensamos en nuestro coronel. Aquél sí que era un hombre. Y tuvimos que dejarle marchar solo. Recordaré siempre su sonrisa.

—Y cómo gritaban los indios rodeándole cuando marchaban a la montaña. Como niños llorábamos todos.

—No me lo recordéis —dijo Agnes llorando.

—¡Malditos indios! —gruñó Rock—. Cada vez que veo uno siento deseos de cargármelo.

—Tiene que tener cuidado con Emil —dijo Forrest—. No es lo que parece. De caballero no tiene más que la ropa.

—No os preocupéis. No conseguirá que pasee otra vez con él. Esta afirmación de Agnes hizo sonreír a los dos vaqueros.

Se detuvieron ante la oficina del *sheriff*.

Estaba colocando el ayudante un pasquín que acababa de llegar en la diligencia de Phoenix.

Un grupo de curiosos rodeaba al ayudante del *sheriff*.

—¿Es que no me vais a dejar pegar este pasquín? Tenéis tiempo de leerlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Agnes.

—Es la oferta de un tentador premio por un pistolero que se está haciendo famoso en varios Estados y territorios del Oeste —respondió el ayudante del *sheriff*.

—Vamos —dijo Agnes a Rock y Forrest—, no nos interesa. He visto varios como ése en este mismo sitio.

Pero el pasquín ya pegado en la pared llamó la atención de Rock, que empezó a leer.

El vaquero leía con atención.

De pronto dijo a Forrest:

—¡Es el coronel, no hay duda! No murió.

Y abrazó a Agnes con los ojos llenos de lágrimas.

Ella leía el pasquín.

—¿Por qué dices que es él? —preguntó.

El pasquín decía:

«Quinientos dólares de recompensa a quien entregue vivo o muerto al pistolero más alto que hubo en la Unión. Tiene más de seis pies y medio y ha de tratarse de un hombre del Sur, ya que todas sus víctimas pertenecen al Ejército de la Unión que estuvieron en Charlottesville, Virginia. Cuando está distraído suele morderse la lengua. Su pelo es oscuro, así como los ojos, que entorna cuando está incomodado. Debe andar por Nuevo México o Colorado, tal vez en Arizona. La prima ofrecida la pagará el gobernador de Kansas, donde mató a varios honrados ciudadanos que estuvieron durante la guerra en el 3.º de Kansas.

»Topeka, 16 de mayo de 1866».

—Fíjese, el coronel Bedford cerraba los ojos cuando estaba incomodado y se mordía la lengua estando distraído, tiene más de seis pies y medio de estatura, es moreno y nació en Charlottesville —dijo Rock.

—Tiene razón Rock —añadió Forrest—. Son demasiadas coincidencias. Si es él, vendrá por aquí.

Tanto afirmaron que era él, que Agnes terminó por dejarse influenciar y, llorando, reía al mismo tiempo de esperanza y alegría.

—Siempre dije que tenía madera de pistolero. Ha tenido un gran maestro —decía Rock.

Rock y Forrest estaban dispuestos a salir al encuentro de su coronel tan pronto tuvieran la menor pista.

Emil, que estaba dispuesto a vencer la fortaleza de Agnes, no sabía lo difícil que se iba a poner la muchacha.

Cuando llegaron al rancho, Agnes y los vaqueros ya estaban allí su padre y los invitados.

El muerto sería enterrado al otro día.

Emil estaba furioso por la muerte de su amigo.

Milland había prometido echar a los vaqueros amigos de su hija.

Sin ellos sería más sencilla la labor de Emil.

Capítulo VIII

Santa Fe celebraba sus primeras fiestas después de la guerra.

Nuevo México seguía considerándose más mexicano que americano y en estas fiestas poníase en juego la supremacía de los vaqueros de Nuevo México y los vaqueros de la Unión.

Durante la guerra las simpatías del territorio estuvieron repartidas, siendo más hacia los sudistas por algo temperamental y porque Washington para ellos representaba una injusticia.

Lo mismo sucedió en Texas, que formó con el Sur y fue invadido por el Norte partiendo de Kansas.

Los premios eran tentadores y ellos hicieron que acudieran vaqueros y *cow-boys* dispuestos a disputarlos con sus habilidades.

Era un estado de cosas que preocupó seriamente a las autoridades de Washington.

La indiferencia era absoluta, hasta el extremo de que nadie dejaba de atender lo suyo, juego, bebida o baile, porque alguien, lastrado el vientre con plomo, caía sin vida.

Si sólo resultaba herido y sus lamentos se repetían, gritaban que se callase.

El problema era poder alojar a tanto forastero como llegaba.

La escasez de alojamientos hacía que los bares y *saloons* no cerrasen en toda la noche, estableciéndose turnos para la ocupación de camas.

Unos dormían de noche y otros de día.

Las mujeres que acudieron con sus familiares tenían bailes en la plaza para no acudir a los *saloons*.

Había bailes organizados por el municipio.

En estos bailes había la costumbre de obligar a los hombres a dejar sus armas en la puerta.

Las peleas, de este modo, tenían muchas menos consecuencias.

James Bedford desmontó ante uno de estos bares.

Cuando consiguió llegar al mostrador pidió un whisky, que tardaron varios minutos en servir.

—¿Estará Gruber por aquí? —preguntó al *barman*.

—Estará jugando. Allí, en aquel rincón. En las mesas del póquer.

Y el *barman* señaló a uno de los ángulos del local.

Con la misma pausa abandonó el mostrador y cruzó el salón.

Contempló las mesas en que jugaba al póquer y miró con detenimiento a cada uno de los jugadores.

Por fin sus ojos brillaron de un modo especial.

Y se quedó como hipnotizado mirando a uno de los jugadores.

Otro jugador se dio cuenta de esta atención y golpeó con el codo a Gruber.

—Aquel *cow-boy* alto no te quita los ojos de encima. ¿Le conoces?

Miró Gruber a James y respondió:

—Es la primera vez que le veo en mi vida.

—Hace tiempo que no deja de mirarte. ¡Ten cuidado!

Gruber se ponía en pie segundos más tarde.

Se encaminó directamente a James.

—¿Puedo saber por qué me miras tanto? Me estabas poniendo nervioso.

—No me importa si haces trampas —respondió James—. Te llamas Gruber, ¿verdad?

—Sí, yo soy y te advierto que no es sano llamarme ventajista.

—¡No chilles! Los gritos me ponen nervioso —dijo Bedford—. He caminado muchas millas para charlar contigo, pero éste no es sitio para ello.

—En cambio yo no tengo interés en hablar contigo.

—¿Conoces a Melbonone? —dijo James.

Gruber palideció, reponiéndose con rapidez.

—No conozco a nadie que se llame así —respondió.

—El me habló de ti y me dijo que podría encontrarte aquí. No me engañó. Lo que indica que sabe estás en esta ciudad. No le van las cosas bien y necesita ayuda. Me pidió que envíes recado a Garfield. Tiene que ayudarle, o dirá muchas cosas que no os interesa diga. ¿Verdad que es preferible siga guardando silencio? Los militares son peligrosos.

Gruber sudaba.

—Bien; vayamos a otro sitio a hablar.

James sorprendió una seña de Gruber a otro.

—Voy a decir a éstos que ahora vuelvo —dijo Gruber.

Se acercó a la partida y habló con el jugador que le avisó del interés de James.

James no perdía de vista a aquél a quien Gruber hizo la seña.

Éste se abría paso hacia la puerta.

La gran estatura de James le permitía seguir observándole sobre los demás.

Entonces supuso lo que Gruber se proponía.

Quería que su amigo tuviera tiempo de llegar a la calle, lo que indicaba que estaban decididos a terminar rápidamente con él.

El cerebro de James trabajaba con rapidez en busca de una solución.

Gruber se acercó a él sin que James hubiera llegado a una conclusión.

—Podemos ir al bar de un amigo, más tranquilo que éste —dijo Gruber.

—He de esperar a un amigo que sabe vine a verte —respondió James.

Dióse cuenta en el acto del disgusto que esto producía a Gruber.

—Después vuelves —insistió Gruber—. ¿Cómo está Melbonone?

—Yo le dejé bastante bien.

—Te habló él de... ¿Quién me dijiste?

—¡Garfield! —respondió James.

—Es extraño; no oí nunca ese nombre —replicó Gruber.

—Tampoco habías oído hablar de Melbonone —dijo James.

—Vamos.

Gruber echó a andar.

—He dicho que tengo que esperar a un amigo. Podemos hablar aquí. Tu amigo no tiene prisa; volverá a ver qué sucede cuando vea que no salimos... ¡Eres muy torpe, Gruber! No quería matarte y veo que no tendré más remedio que hacerlo. Tenía razón Melbonone; ¡eres un cobarde y un traidor!

Gruber, sorprendido, no sabía qué hacer.

—No te comprendo... —empezó.

—Me comprenderás cuando sientas el plomo dentro de tu cuerpo de cobarde.

La palidez no desaparecía ahora del rostro de Gruber.

—¡Te aseguro que estás equivocado! Yo...

—¡Eres un cobarde! —gritó James.

Los que oyeron esto corrieron a los lados dejándolos solos.

—Has perdido el juicio, muchacho. Me estás insultando y ello me autoriza a utilizar mis armas.

—Tú sabes que Melbonone era más rápido que tú.

Gruber sabía que Melbonone había muerto; por eso se creyó a James.

Su vida peligraba. Era el matador de Melbonone y no podía tomársele a broma.

Quien le informó de la muerte de Melbonone le dijo que había sido frente al pistolero más rápido de la Unión y le tenía frente a él provocándole.

—No tienes razón para insultarme —dijo Gruber.

Los forasteros escuchaban con atención.

—Has hecho salir a un amigo tuyo para que dispare a traición sobre mí.

—No es cierto —protestó Gruber.

—Yo te demostraré que sí. Llama a ese jugador amigo tuyo con quien hablaste.

—Sí, él te dirá que no es cierto. Sólo le hablé de que jugase por mí unas manos.

Y Gruber más tranquilo, llamó al jugador.

Éste acudió en el acto.

—¿De qué te hablé antes? —preguntó Gruber.

—No me interesa de lo que hayáis hablado. Vais a salir los dos juntos.

Y James empuñaba sus «Colt».

—Yo no tengo por qué salir —dijo el otro jugador.

—¡Ya lo creo! —respondió James—. Está la razón de mis «Colt».

Comprendiendo el jugador que James le obligaría, gritó:

—¡No, no! Me tomará Jackson por ti y disparará a matar.

—¿Estáis oyendo? —dijo James a los curiosos.

Gruber sudaba copiosamente.

—¿Qué dices ahora? ¿Verdad que te lo dijo antes? —preguntó al jugador, James.

—Sí; me ha dicho que te iba a hacer salir con él y que Jackson dispararía desde la calle.

—Y tú, cobarde, no me avisaste. ¡Eres tan cobarde como él!

—No me mates... Te diré dónde está Garfield —dijo Gruber.

—Habla; ¡escucho!

—Tengo la dirección apuntada en este bolsillo.

Gruber movió las manos con naturalidad, pero se equivocó con James.

Murió cuando empuñaba uno de los «Colt».

El otro tembló al ver caer muerto a Gruber.

Confió en que podría adelantarse a James.

—Yo no te hice nada —dijo tembloroso.

—Dejabas que me asesinasen, ¡eres un cobarde! Todos estos testigos estarán de acuerdo conmigo en que puedo disparar, pero dejaré que te defiendas aun no mereciéndolo.

—Pero si no te conozco, ¿por qué quieres matarme?

La puerta se abrió y vio James al que había salido.

—Ahí llega Jackson. Es ése, ¿verdad? Es a quien Gruber hizo señas.

Los que conocían a Jackson comprendieron que James decía verdad.

Entraba con las manos en las armas.

Por huida de los testigos se vio frente a James.

—Perdona te hayamos hecho esperar. Gruber no se sintió bien —dijo James
Jackson vio el cadáver de Gruber.

No comprendía que pudiera James saber la verdad, pero su actitud era elocuente en demasía; sin embargo, se consideró en tan buena situación, que dijo:

—Eres tan torpe que me insultas viendo que estoy con ventaja sobre ti.

—De poco te servirá —gritó James, en el momento de disparar, al ver que Jackson quería hacerlo contra él.

El otro jugador, creyendo atento a Jackson nada más, movió sus manos.

Cuando James salía quedaban tres cadáveres en el *saloon*.

Capítulo IX

No comprendían bien que aquéllos hubieran podido morir sin ventajas por parte de su matador.

Por eso sorprendió tanto, sobre todo al *sheriff*, quien sintió deseos de conocer a Bedford.

—No es que piense detenerle —decía—. Me gustará felicitarte, si no se trata, como eran ellos, de otro ventajista.

James, después de hechas las muertes de quienes quisieron matarle, paseó por la ciudad y entró en la mayoría de los locales.

Gruber había podido ser hallado por la cicatriz que tenía en la frente sobre el ojo izquierdo.

Ahora buscaba a un personaje bien conocido de él.

Hizo sobre la culata de uno de sus «Colt» una muesca.

La que correspondía a Gruber. Los otros no tenían importancia para él. Esta muesca hacía el número cinco.

—Aún estoy empezando —monologó—, pero ya sé dónde iré encontrando a los demás.

Siguió mirando en los locales, y ya muy avanzada la noche abandonó la ciudad.

En el campo dejóse caer sobre una manta y se quedó profundamente dormido.

Le despertaron el piar de infinitas aves y el sol que, acuchillando las ramas de los árboles, llegaba hasta su rostro cauterizando con fuerza.

Supuso que había dormido muchas horas por la altura del sol.

Lavóse sin prisa en el río, hasta donde se retiró la noche antes y después marchó a la ciudad.

Entonces fue cuando comprendió lo mucho que se alejó.

Al entrar en la ciudad estaba casi desierta. Todos o la mayoría habían ido a presenciar los ejercicios vaqueros.

También James marchó hacia allí.

Era un lugar de aglomeración y, por tanto, de posible hallazgo de las personas a quienes buscaba.

Cuando se acercaba oíase el rumor de una gran gritería.

James no había visto nunca estos ejercicios.

Por eso se entusiasmó como un niño, olvidándose de buscar a quienes rastreaba desde varios meses antes. Aplaudía admirado de las habilidades que presenciaba.

Se le pasó el tiempo sin darse cuenta.

Terminados los ejercicios de la mañana, el río de curiosos se volvió a la ciudad.

James, entonces contemplaba con curiosidad a los que pasaban ante él.

Habíase detenido para observar el paso de los *cow-boys* y vaqueros, aunque Garfield no debía vestir así. Sería uno de los muchos hombres elegantes, de modales finos y sonrisa estereotipada.

No le preocupaban los pasquines.

Había en el Oeste muchos hombres tan altos como él y tendría mucho cuidado en no sacar la lengua ni entornar los ojos.

Habían cometido la torpeza de advertirle a él de cuáles eran sus defectos que podrían conducir a su identificación.

Visitaría Silver City en cuya cuenca se ocultaban otros.

Después el recorrido era muy largo, pero tenía toda una vida por delante.

Quedaban doce por matar. Tal vez fuesen más, porque para dar muerte a los cinco que ya habían sido castigados, se vio en la necesidad de incluir a varios más.

Había un grupo de cinco o seis que habían constituido una banda de cuatreros y atracadores de diligencias, pero no pudo saber dónde actuaban, aunque Garfield era el jefe de ellos.

Se le escapó de Kansas City, donde le vio un solo momento.

Era suficiente para reconocerle si le veía otra vez. No sabía si había ido hacia Texas o Nuevo México.

Confiaba en arrancar a Gruber algún dato y no se perdonaba el haber tenido que matarle con esa rapidez. Pudo hacerle hablar.

Pero aún confiaba en que se hallase entre los curiosos de las fiestas Garfield, a quien esperaba sacarle el paradero del hombre que más le interesaba.

—Ése fue —oyó decir a su lado.

Miró a quienes hablaban y vio al *sheriff* con otro.

Púsose en guardia y el *sheriff* se dio cuenta.

—No tienes que temer —dijo el de la placa—; quería conocerte para felicitarte. Matar a quienes lo hiciste no era fácil, sin embargo, no creas que se ha perdido mucho.

—Me vi obligado a ello.

—Ya lo sé. ¿Tomarás parte en el ejercicio de «Colt»?

—No; no he pensado tomar parte en ningún ejercicio. Prefiero presenciarlos; es curioso e interesante. No había visto ningún festejo de éstos.

Eso era una confesión de no ser del Oeste.

El *sheriff* le miró con atención y acudió a su imaginación el pasquín de los quinientos dólares de recompensa.

Siguió pensando en ello, todo con rapidez. Gruber había estado durante la guerra en Virginia.

Sonriendo, dijo al fin:

—¿Vienes conmigo? Beberemos un whisky.

Cuando el acompañante del *sheriff* les dejó solos, dijo éste:

—Será muy conveniente para ti que hagas creer que eres del Oeste. Tu confesión de antes demuestra que no lo eres. Tu modo de hablar indica procedencia de Virginia, ¿comprendes? Puedes estar seguro de que no me tienta ninguna prima. La mayoría de las reclamaciones que recibo son odios personales. No temas, pero procura engañar

mejor.

James miró al de la placa de frente. Había nobleza en sus ojos.

—Gracias, *sheriff* —dijo, tendiéndole una mano—. No soy un pistolero como dice el pasquín; soy un vengador, eso sí.

—Gruber no era persona grata. Ni los otros tampoco. Eran ventajistas. Llegaron hará dos meses, y sus armas demostraron quiénes eran. No pude acusarles porque los testigos afirmaban siempre no existir ventajas. ¿Le conocías?

—Supe sus señas en Kansas City. Formó parte de un grupo de soldados que en Charlottesville cometieron desmanes en una de las plantaciones cuya vivienda había sido respetada por todos, pero un cobarde teniente a quien conocí muy lejos de Virginia, al saber que era mi familia..., ¡no quiero recordarlo! No descansaré hasta que no haya matado a todos.

—Comprendo que tienes motivos, pero ya sabes que en la guerra...

—Fue después de terminar. Cuando se hizo saber que la guerra había terminado, mi familia les recibió con la alegría de quien está deseando una cosa con ansia. Ese miserable, con su grupo de asesinos y ladrones, terminó con mi familia e incendió mi casa después de llevarse cuanto había de valor. ¡No fue en un acto de guerra, no!

El *sheriff*, viendo las lágrimas de James, se sintió emocionado.

—De todos modos has de tener mucho cuidado en lo que dices. Procura disimular que eres de Virginia. Pronto se darán cuenta, si no, de quién eres, y ello te supondrá contrariedades por lo menos. No estuviste en el ejército del Norte, ¿verdad?

—No, *sheriff*; no sé engañar.

—No te preocupes. Eso ya terminó y, te confesaré ahora que no nos oye nadie que sentí vuestra derrota.

—Gracias, *sheriff*. ¿No conocerá a ese Garfield?

—Si está por aquí tal vez use otro nombre.

—No lo creo. Su acción es más cobarde aún, porque me creían muerto. No podían temer mi venganza.

James estaba seguro de que aun sabiéndolo, no se lo diría.

Marcharon juntos hasta uno de los bares donde bebieron un whisky.

Uno de los que estaban ante el mostrador se quedó mirando a James con fijeza que sorprendió al *sheriff*.

También James dióse cuenta de ello, pero hízose el desentendido aun estando en guardia y dispuesto a defender su vida.

El que miraba a James se acercó al fin, con las dos manos tendidas.

—Me ha costado conocerle, coronel, pero al fin le he conocido. ¡Cuánto me alegro de volver a verle! Venga; quiero presentarle a mis amigos. ¡He hablado tantas veces de usted!

El *sheriff* escuchaba sorprendido.

Llamaban coronel a ese muchacho que parecía joven en demasía para un cargo así.

—No recuerdo —dijo James.

—¿Es posible? En Silver City. Con sus hombres nos salvó la vida.

—¡Ah...!

En efecto, recordó James a los mineros que iban a colgar.

¿Qué fue de Rock? ¡Me gustaría volver a verle!

—No sé dónde andará, ni los otros tampoco.

—Mis compañeros volvieron a Silver City. Yo vendí mi parcela y me dedico al comercio. Estoy aquí con mis socios; vivo en El Paso. Hemos venido de negocios y a presenciar las fiestas.

El *sheriff* y James acercáronse a los otros.

—¡Ah! Mi nombre es Miller, coronel —añadió el locuaz comerciante.

Los amigos de éste saludaron a James.

Uno de ellos dijo:

—Nos ha referido Miller cientos de veces cómo les salvó usted con sus hombres.

—No tiene importancia —dijo James.

El de la placa miró atentamente a uno de los acompañantes de Miller y trató de recordar de qué le conocía, pero estaba seguro de haberle visto antes.

El contemplado por el *sheriff* púsose molesto.

James vio cómo miraba el *sheriff* al otro y cómo éste deseaba terminar la conversación.

—Nosotros nos hemos visto antes de ahora, ¿verdad? —dijo el *sheriff*.

—Es posible —respondió Miller—. Hemos estado aquí otras veces.

—Será eso —replicó el *sheriff*—. ¿A qué se dedican?

—Somos almacenistas y ganaderos —respondió Miller—. ¿Y usted qué hace por aquí, coronel?

Comprendieron el *sheriff* y James que no querían seguir hablando de negocios.

—Trato de encontrar a aquellos amigos. Me dijeron que algunos andaban por aquí.

—No les he visto y les conocería como conocí a usted.

—Vamos, Miller. Hemos de hacer unas visitas —dijo el amigo de Miller.

Éste dijo a James que se verían antes de marchar.

Cuando les vieron alejarse, dijo James:

—No me gusta ese grupo. Tienen miedo de usted, *sheriff*.

—Ya lo he observado. Hay uno a quien conozco y casi, estoy seguro que no es de aquí.

—De lo que no puede haber duda es de que están asustados. No les veremos más por las fiestas. Van decididos a alejarse; yo sí les volveré a ver en El Paso.

Miller, al salir del bar, decía a sus amigos:

—Se han dado cuenta de que queríais marchar. No debes temer al *sheriff*.

—Me daba miedo que pudiera recordar de mí. No me di cuenta que era él hasta que no estuvo aquí con nosotros. Si me reconoce se daría cuenta de cuáles son

nuestros negocios.

¿Estás seguro que le conoces?

—Ya lo creo. Fue comisario con Willard, que nos persiguió hace dos años; no debemos volver a encontrarnos con él.

—Yo necesito hablar con el coronel. Si quisiera, ese hombre sería ideal para nosotros. He pensado muchas veces en ese grupo —dijo Miller.

—¡Ten cuidado! Ya viste que es muy amigo del *sheriff*.

—El estar bebiendo un whisky juntos no quiere decir que haya amistad —dijo Miller—, y nos hace falta un hombre acostumbrado a mandar y a la guerra. La «patrulla del desierto» tendría con ellos la horma de su zapato. Este coronel está arruinado y echará de menos su prestigio.

Los amigos de Miller no insistieron, porque lo que éste decía era cierto.

Miller quedó encargado de buscar a James.

Capítulo X

Miller se acercó a James cuando éste presenciaba los ejercicios de la tarde, diciéndole:

—¡Hola, coronel! Le buscaba.

—¿A mí? —dijo James, sorprendido.

—Sí; me gustaría que habláramos.

—Cuando quiera.

Miller cogió de un brazo a James y lo llevó de allí.

No tenía James la preocupación de su caballo como antes; lo había dejado en casa del *sheriff*.

Cuando se alejaron un poco de la aglomeración, dijo Miller:

—Coronel. No sé si seguirá siendo un sudista como antes; yo sí, desde luego.

—La guerra terminó hace más de un año.

—Ya lo sé, pero no terminarán en muchos años los conceptos yanqui y sudista. La guerra continuará entre las dos zonas; han hundido al Sur. Lo están esquilmando y nosotros tenemos que defendemos, ¿no le parece, coronel?

—Estoy lejos del Sur; no sé lo que pasa por allí.

—¿Trabaja, coronel?

—No, tal vez me coloque de *cow-boy*.

Se propuso averiguar qué era lo que quería de él.

—Yo puedo proporcionarle trabajo, que le recuerde su época de coronel. Montar a caballo y mandar a muchos hombres.

—No comprendo.

—Creo que puedo fiar en usted, coronel. Un grupo de sudistas nos hemos propuesto combatir a la Unión como lo hacíamos durante la guerra.

—Eso ya no es posible —dijo James.

—¡Ya lo creo!

—¿Y cómo?

—Hacemos contrabando de armas —dijo Miller.

—¿En beneficio de quién?

—De México. Ellos pagan bien y están deseando vengar lo de Guadalupe-Hidalgo.

James sintió náuseas y deseos de golpear a Miller.

Guardó silencio.

En realidad no sabía qué responder. Tenía que dominarse para no decir lo que pensaba. Desde luego, estaba dispuesto a no aceptar, pero al seguir hablando Miller hizo que el cuerpo de James se envarase y respondiera con rapidez:

—Garfield cree que sabe la forma de combatir a la «patrulla del desierto». Hizo la guerra a las órdenes de un teniente que sólo se preocupó de robar y aun así se considera un militar.

—No quiero que me siga llamando coronel. Yo seré solamente James. No quisiera se sepa que he descendido hasta este extremo —dijo James.

Miller entendió que aceptaba y expuso su alegría, abrazando a James:

—¡Sabía que aceptaría!

—¿Cuánto ganaré? —dijo James para dar más valor a su actitud.

—De eso no tienes que preocuparte. Ganarás mucho más de lo que piensas; me permitirás que te trate con esta confianza. Tenía deseos de poder corresponder a lo que hicisteis por nosotros. Si encontraras a los otros, sería mejor. No habría patrulla que os asustara y nos haríamos los dueños de la frontera.

Tenía que realizar James verdaderos esfuerzos para no decir lo que estaba pensando.

Estaba a su alcance la posibilidad de reunirse con Garfield; claro, que esto suponía un peligro.

Si Garfield le recordaba tendría que actuar con rapidez; si no le recordaba podría hacerse amigo de él y sonsacarle todo lo que necesitaba saber.

Garfield podía saber dónde se encontraba el teniente Wilcox.

Tan pronto como averiguase el paradero de este hombre, abandonaría a Miller y sus sucios negocios, matando antes, eso sí, a Garfield y entregando los contrabandistas a las autoridades.

Apenas si se daba cuenta de lo que decía Miller y de lo que él respondía.

Su pensamiento se hallaba ocupado por el recuerdo del teniente.

Esto le hizo pensar en Agnes. Le hubiera gustado ir hasta Tucson para verla. Estaba seguro de que le creían muerto por los indios.

Como su vida estaba dedicada a la venganza no quiso que Agnes supiera que vivía.

Tal vez estuviera ya casada con otro.

Marchó con Miller hasta donde se celebraban los ejercicios, diciendo James que se encontrarían al día siguiente en la pradera.

Dijo a Miller que no sería conveniente les vieran mucho juntos, porque el *sheriff* sospechaba de sus amigos.

Y, al marchar Miller, buscó James al *sheriff*, pero estaba en la mesa del jurado y hasta que no terminaron los ejercicios del día no pudo verle.

Al saber el *sheriff* que quería hablar con él le invitó a su casa. La esposa del *sheriff* le recibió amablemente.

Para James fue una sorpresa encontrarse con una mujer nacida y criada en Richmond, Virginia.

Razón ésta de la simpatía del *sheriff* por el Sur.

James dio cuenta de su conversación con Miller sin ocultar nada.

—Ahora ya sé de qué conozco a ese otro. Sí, es un contrabandista de armas —dijo el *sheriff*.

—Encárguese de ver al gobernador, pero deben darme tiempo a que yo descubra

por Garfield dónde está Wilcox.

—Hablaré con él y te prometo que tendrás libertad. ¡Debieras venir a verle!

—No; soy un reclamado por el gobernador de Kansas. ¡No me atrevo!

No insistió el de la placa.

Y esa misma noche consiguió que le recibiera el gobernador.

—Algo muy importante ha de ser, *sheriff*, para venir a estas horas —dijo el gobernador.

—Así es, Excelencia. Tenemos en Santa Fe a parte de los contrabandistas de armas que tanta guerra nos dan.

—¿Les ha detenido?

—No lo hice ni pienso hacerlo. Escuche.

Cuando el *sheriff* terminó, dijo el gobernador:

—¿Quién es ese muchacho?

—Ya se lo he dicho. El reclamado por el gobernador de Kansas, pero por lo que he oído, está en su derecho de castigar a los cobardes que asesinaron a su familia, incendiando, después de saquearla, su casa de Virginia.

—Su nombre —dijo el gobernador—. Me interesa su nombre.

—No lo sé.

—Pero durante la guerra salvó a unos mineros en Silver City, ¿no?

—Sí. Ese Miller era uno de esos mineros.

—Entonces es Bedford. ¡El coronel Bedford! Un héroe: está condecorado por Washington; él no debe saberlo. Le creyeron muerto por los apaches. Tráigamelo a este despacho; que no tema. Tiene mi palabra de que no le sucederá nada. Si el gobernador de Kansas supiera que era él, no le habría reclamado; han debido engañar a ese gobernador. Yo aclararé las cosas para que esos pasquines dejen de tener efecto.

El *sheriff* salió contento en busca de James que esperaba la llegada del nuevo día lejos de la ciudad.

No pudo, por tanto, hallarle.

Y al otro día marcharía con Miller.

Se acordó, sin embargo, que tenía el caballo en su casa.

Cuando se presentó a por él, le dijo el *sheriff* lo que pasó en su entrevista con el gobernador.

El de la placa había enviado a un comisario suyo a la mesa del jurado en los ejercicios.

James se dejó convencer y marchó al encuentro del gobernador.

Pero como estaba en su tribuna presenciando los ejercicios no quiso hacerse tan visible.

Fue el gobernador quien abandonando la fiesta marchó a casa del *sheriff* donde se encontró con James, puesto de acuerdo con el *sheriff*.

—Conozco sus hazañas, coronel, y en Washington se reconoció y admiró su valor, gracias al general Ronson, que es un admirador suyo incondicional. Estoy

seguro que será para el general la mejor noticia que pueda recibir, saber que vive usted, coronel. Se le conservó esta categoría, reconocida oficialmente en el Boletín del Ejército por el propio general Grant. Me ha referido el *sheriff* su ansia de venganza que respeto, aunque no la comparta, y que está decidido a marchar con los contrabandistas para averiguar el paradero del hombre a quien odia. No sólo le dejaré en libertad para su propósito, sino que quiero pedirle que se encargue usted mismo de castigar a esos contrabandistas. Daré orden para que cuente con las ayudas que crea necesarias. Pediré que el ejército le ayude también. Contaremos con los militares de Arizona. Es por allí por donde se efectúa el contrabando, además de nuestra frontera con México.

James no sabía qué responder. Estaba sorprendido por las noticias que le daban.

—Lo que no comprendo, coronel —añadió el gobernador—, es que no le mataran los apaches.

—Tampoco yo lo he comprendido en mucho tiempo. Fue Cochise en persona quien me salvó. Y fui su amigo en los meses que pasé con ellos; aún hoy soy amigo de los indios. Hoy les comprendo mejor que entonces; he sufrido como ellos.

—Sus amigos le lloraron; lo oí contar al propio Ronson. Coincidí con él en Washington. ¡Qué alegría llevará cuando lo sepa! ¿Sabe que Zumker se casó con Esther?

James, ante el recuerdo de sus amigos, no pudo contener su llanto.

—Perdóneme, no he podido evitarlo. Fueron mi familia en los años de la guerra. Me alegra saber que son felices. ¿Y los otros?

—Sólo oí hablar a Ronson de Zumker. Está de capitán en Montana. Averiguaré su paradero y le escribiré. ¡Tiene derecho a esa alegría!

—Si yo pudiera reunir a Funch, Rock, Piñe, Forrest, Clark y Binkley, no dejaríamos un contrabandista.

—El mayor Brown y el general Ronson tenían relación con todos ellos. Daremos con su paradero.

—Bien; no me opongo y no negaré que me agradecería muchísimo volver a encontrar a esas personas tan queridas.

—Téngame al corriente de sus actividades. No tengo que decirle nada. Estoy seguro que sabrá actuar. Me disgusta que no pueda ser huésped mío. Mi esposa sería feliz conociéndole. He hablado mucho de usted. No olvide que fue un ídolo de la raza. ¡Cómo se alegró cuando dije anoche que no había muerto como se dijo! Si no marchara hoy, prométame ir a casa. Puede hacerlo sin que se den cuenta.

Así lo prometió James.

Marchó al encuentro de Miller.

Éste le dijo que marcharían después de las fiestas.

—Quiero que esta noche conozcas a un personaje. Es uno de los que nos venden armas. Tiene un alto puesto en el ejército. Está aquí de incógnito.

—¿Y no es un peligro, habiendo como hay tantas personalidades que puedan

conocerle?

—Estaría justificada su estancia aquí. Es del Oeste y le gustan estos ejercicios —respondió Miller.

El gobernador sabría perdonar su ausencia cuando supiera las causas.

Los amigos de Miller no fueron molestadas por el *sheriff*.

Éste, de acuerdo con James, hizo como si no hubiera conseguido recordar de qué conocía a uno de ellos.

Ya más tranquilos, consideraron que no tendría importancia que vieran a James con ellos.

Pero éste opinó que sería mejor no ir juntos.

Pensó mucho en las noticias recibidas y le hubiera gustado saber algo de Agnes en la que había pensado siempre.

Seguía amándola con toda su alma, aunque sin esperanzas.

Para que el día resultara más corto marchó a presenciar los ejercicios de «Colt».

Había hombres con una rapidez y seguridad asombrosas, pero pensó en que si Rock y Forrest aparecieran allí vencerían a todos.

El *sheriff*, de acuerdo con él, no se le acercó más.

De este modo no sería sospechoso a los otros.

Se entrevistó con Miller.

Suponía a James un loco sudista con el que podría contar ciegamente. Así lo dijo a sus compañeros.

Esa noche fue con James al encuentro del personaje.

Para éste, James era solamente un contrabandista.

La conversación sostenida con él le hizo ver a James que no era nada más que un intermediario y que lo de su importancia creída por Miller era una leyenda.

Pero suponía una pista que podría llevar al origen deseado.

Habían ido a verle al hotel en que se hospedaba y no sería difícil a los hombres del *sheriff* rastrearle.

Discutieron precios y tuvo que intervenir como entendido en armas para saber qué tipos de éstas facilitarían en lo sucesivo.

La situación del personaje ante las preguntas de James era comprometida. No sabía qué debería responder.

—Otra vez deben informarle mejor sus jefes —dijo James, ante el asombro de Miller.

—No soy nada más que un intermediario y hay cosas que no me dicen a mí —confesó.

—Sería conveniente —dijo James a Miller—, tratar directamente con los interesados. ¡Yo creí que era así como operabais!

—¡Y eso hemos creído! Consideré a este hombre como...

—Eso es lo mismo —medió el personaje—. Soy yo quien paga y es lo que debe interesaros.

—Siempre cobraremos menos que si directamente nos entendiéramos con los vendedores —añadió James.

—Pago el precio que habéis pedido por llevarlas. Nosotros nos entendemos directamente con los compradores.

—Pero somos nosotros quienes exponemos la vida y no puede cobrarse lo mismo por unas armas que por otras. Habrá que modificar los precios o tendrán que buscar quienes crucen la frontera. La vigilancia es cada vez mayor y, por lo tanto, el peligro aumenta.

Miller no se atrevía a intervenir.

—Son los precios que Garfield pidió. No vais a estar aumentándolos cada nuevo viaje.

—Haced lo mismo con los compradores, o llevadlo vosotros mismos. Eso sería mayor negocio. Creo que no tenemos que hablar más, Miller.

—Está bien, tú ganas —dijo el personaje—. Pagaremos un dólar más por pieza, aunque tendremos que enviar mayor cantidad a los indios. Es más sencillo y cuesta menos.

James hizo una exclamación en apache.

En indio preguntó el personaje si conocía ese idioma.

Rápidamente respondió James, pero vio que el otro sólo conocía palabras sueltas.

—Nos interesaría tu concurso. Pagamos bien —dijo el personaje.

—Dime dónde podremos encontrarlos. He de hacer un viaje con Miller ya que me comprometí con él. Después si llegamos a un acuerdo en el precio. Quiero enriquecerme cuanto antes. Conozco el idioma y soy amigo de muchos jefes, pero te advierto que he de tratar con tu jefe directamente. No quiero nada con intermediarios.

—No puedes abandonarnos a nosotros —protestó Miller.

—Si ellos pagan mejor... Haré un viaje con vosotros ya que así lo prometí. Esto lo discutiremos nosotros. ¿Dónde nos vemos dentro de ocho semanas? ¿Aquí mismo? Pero ya sabes, ha de venir tu jefe contigo.

—Aquí nos veremos. Consultaré y te daré la respuesta, o vendré acompañado.

Se despidieron del personaje después de concretar sobre precios.

En la calle decía Miller:

—No has debido aprovechar esta visita en tu beneficio.

—Si tú no eres tampoco el jefe de estos otros, ¿por qué no vienes conmigo? Podemos ganar mucho más.

Miller echóse a reír, diciendo:

—Debía comprender que no podría engañarte, aunque quise presumir ante ti. Tienes razón, no soy el jefe.

—¿Quién es?

—Pues no lo sé. Cuando nos salvaste pasamos a México y allí conocí a los contrabandistas.

—¿No será ese Garfield?

—No, tampoco. El jefe no se expone. Creo que está en esta ciudad misma.

—¿Aquí? —exclamó James—. ¡Parece imposible!

—Tiene un *saloon*... Se lo oí decir a Garfield.

—Será el mismo donde estaba Gruber y ese Jackson. ¿Le viste alguna vez?

—¡No lo sé! Estuve con Garfield en varios *saloons* aquí. Conoce a los dueños de todos.

—Procura hacer memoria. Tal vez encuentres detalles que te indiquen quién de ellos puede ser el jefe. ¿Tú a quién has de decir lo hablado aquí con este hombre?

—A Garfield.

—Entonces él conoce al dueño de ese *saloon* que es jefe vuestro. Recorreremos los *saloons* y hablaremos con los dueños. Es posible que averigüemos algo.

Miller estaba de acuerdo con James.

Haría todo lo que éste dijese.

Capítulo XI

James visitó al gobernador dándole cuenta de todo.

Se encargarían de rastrear al personaje del contrabando.

Más tarde habló con el *sheriff*.

Pidió una relación de los dueños de *saloons* y cuantos datos conociera de cada uno de éstos.

—Hay uno que me resulta muy sospechoso —dijo el *sheriff*—. Se trata de Emil, el dueño de El Dollar. Está casi siempre de viaje. Es hombre elegante y ha hecho una gran fortuna en poco tiempo. Posee uno de los mejores ranchos de Nuevo México.

—Ahora estará aquí, ¿no? Estamos en fiestas y no faltará a ellas.

—No le he visto.

—Podemos visitar ese *saloon*; claro que no podemos ir juntos. Iré yo —dijo James.

—Ten cuidado, hay gente lista en esa casa.

—No tema, *sheriff*.

Y James marchó al Dollar después de informarse dónde, estaba.

Le sorprendió encontrar allí, en el mostrador, a Miller.

Pensó en el acto que éste le había engañado.

Miller mostró en el rostro el disgusto que le producía la visita de James. Éste, en cambio, simuló una gran alegría al ver a Miller.

Acercóse a él, saludándole con efusión:

—Tengo ganas de divertirme —dijo James—. Creo que voy a ser un hombre rico dentro de poco.

—Yo ya iba a marchar. Estoy cansado.

—Quédate un poco más.

—No —y Miller se despidió con gran alegría de James.

Éste decidió averiguar algo del dueño, pero no por el *barman*, sino por las mujeres que había allí.

Invitó a bailar a una de ellas.

—¡Qué cara más seria tiene el dueño! —dijo James.

—¿El dueño? ¡Si no está aquí! —dijo la muchacha.

—¿No es ese del mostrador?

—No; es el encargado. ¡Tiene malas pulgas!

—Se quedará con la mitad de los beneficios.

—No creó que Emil se deje robar.

—Si no está aquí...

—No importa. Son muchos los espías que tiene. Le dicen casi al centavo lo que ingresa cada día.

James supo orientar la conversación y hacer hablar a la muchacha.

Se quedó un poco pálido y su cuerpo tembló al oír decir:

—Ahora está en Tucson. Anda detrás de la hija de Milland.

—¿Quién es Milland? —preguntó, haciendo un esfuerzo para serenarse.

—Es un hombre de negocios que posee uno de los mejores ranchos de Arizona; son muy amigos.

—¿Y se va tan lejos en busca de novia habiendo aquí mujeres tan guapas?

—Ésa dicen que es bellísima y así unirían los negocios otra vez. Dicen que fueron socios durante la guerra.

—¿Es joven ese Emil?

—No, aunque lo parece; ya cumplió los cuarenta. Ella debe ser mucho más joven.

—Es extraño no haya estado aquí durante las fiestas.

La muchacha no respondió.

Fijóse en ella James y la vio pálida y nerviosa.

—¿Qué te sucede? ¡Estás asustada! —dijo James.

—No es nada..., no me siento bien.

—¿Quieres que dejemos de bailar?

—Sí, será mejor —respondió la muchacha.

—¿Salimos un poco a la calle? Hay una temperatura muy pesada aquí.

—¡No! No puedo salir.

—Como quieras.

James dejó a la muchacha, pero no la perdió de vista.

Inmediatamente acercóse a ella un cliente.

James trató de acercarse a ellos para oír, pero no le fue posible.

El encargado salió del mostrador cuando la muchacha con el cliente estuvieron próximos.

Veía la palidez de la muchacha y supuso James que estaba aterrada. Al fin consiguió acercarse.

El encargado parecía furioso y no se dio cuenta de su proximidad.

—Tienes que decirme de qué te habló en esos tres bailes —decía el encargado.

—Ya lo he dicho —respondió ella—, estaba haciéndome el amor.

—¡Estás mintiendo! Te han oído hablar de Emil. ¿Qué preguntaba? ¿Qué quería saber? ¿Recuerdas lo que pasó a Rose y Mary?

La palidez de la muchacha aumentó.

Decidido se acercó James, diciendo:

—¿Estás mejor? ¿Te pasó el malestar? Si me hicieras caso, podrías abandonar esta vida; necesito casarme. Voy a vivir mucho tiempo lejos de las ciudades. ¿Me permiten? He de hablar con ella.

Y cogió a la muchacha por un brazo.

—¡Eh, amigo! —gritó el falso cliente—. Está conmigo.

—Lo siento. Estaba bailando con ella y no se sintió bien. Vamos a salir un poco a la calle.

—No puede salir —dijo el encargado.

—¿Por qué? ¿No puede andar?

—Tiene que estar aquí —dijo seco el encargado.

—Si se decide a casarse conmigo, marchará para siempre.

—¡Casarte! —exclamó el encargado—. ¡Estás loco! Si no la conoces...

—Y a ti qué te importa. Soy yo quien se va a casar y no tú.

La discusión reunió a muchos curiosos.

—He dicho que estaba hablando conmigo. ¡Ven aquí! —dijo el falso cliente.

—Quieta —añadió James—. Antes bailaba conmigo...

—Pero te dejó, lo que indica que no quería seguir haciéndolo.

—Vamos —dijo a la muchacha James—. Pasearemos un poco en la calle.

—¿Es que no entiendes el idioma? He dicho que no puede salir.

—Yo os demostraré que sí. ¿Crees que tienes una esclava? La esclavitud está, abolida, amigo. Pregúntalo a todos éstos.

—No te preocupes, Raynolds, yo lo impediré —gritó el falso cliente.

—¡Ah! ¿Eres un empleado de la casa? ¿Y cómo lo impedirás? ¡Cuidado con las manos, amigo; te estás jugando la vida!

—No puedo salir... No lo deseo —dijo la muchacha.

—Estás asustada. No temas, mujer. ¡Son demasiado cobardes esos dos!

El encargado palideció.

El falso cliente miró a James con los ojos muy abiertos.

—Decididamente estás loco —dijo el falso cliente—. Nos has insultado a los dos y eso...

—Os he llamado por vuestro nombre. Estoy seguro que todos éstos están de acuerdo conmigo. Estáis asustando a una muchacha porque bailó conmigo. Os advierto que no soy ningún agente, que es lo que parece teméis. Si teméis las visitas de los agentes será por algo. Vamos, muchacha, no tiembles. Vas a salir de esta casa y no volverás más a ella. Ya te he dicho que éstos son dos cobardes y, no siendo frente a mujeres indefensas, no se atreven a mover un solo dedo.

Los curiosos sonreían.

Odiaban a los empleados y dueños de esos locales.

—¡Ven tú aquí! —gritó a la muchacha el falso cliente.

—He dicho que nos vamos. Sal, muchacha, no te preocupes. No te pasará lo que a Rose y Mary. Eso te estaba diciendo ese cobarde con cara de póquer. ¿Conocíais vosotros a esas muchachas? ¿Qué les sucedió? Yo no soy de aquí.

La muchacha miraba con pánico a James.

—Dijeron que habían marchado —dijo uno de los curiosos.

—Entonces las mataron. ¡Cobardes! Defendeos, porque voy a mataros a los dos. ¿Qué fue de esas muchachas? ¡Habla, cara de póquer!

El encargado sonreía de un modo especial.

Dos disparos y dos cadáveres.

—Fijaos en ellos —dijo James—. Los dos empuñaban sus armas.

Cuando dos jugadores se levantaban, oyeron decir a su lado:

—¡Si es el que mató a Gruber y Jackson, vaya seguridad y rapidez la suya!

Miráronse los jugadores entre sí y volvieron a sentarse.

James hizo salir a la muchacha.

—No te preocupes, no te pasará nada —le decía en la calle.

—No tengo adonde ir.

—Sí; estarás en casa del *sheriff* hasta que decidas marchar a otra ciudad. Te hubieran matado esos cobardes como hicieron con esas otras.

La muchacha echóse a llorar en el pecho de James.

Éste la tranquilizó.

Llamó en casa del *sheriff* y refirió lo sucedido.

—Aquí estará segura —respondió la mujer del *sheriff*—. No tiene qué temer.

—Dos buenas piezas has matado —dijo el *sheriff*—. Si sigues una temporada dejarás limpia la ciudad de granujas.

—El hermano de Raynolds es peligroso —dijo la muchacha—. Está en otro *saloon*, pero cuando se entere, te buscará, o se encargará de mí.

—El *sheriff* lo impedirá, ¿verdad, *sheriff*?

—Desde luego —respondió éste.

Pero James observó que no estaba muy seguro de sí mismo; por eso decidió volver al Dollar.

Quería ser él quien se enfrentase al hermano de Raynolds.

No se engañó en sus suposiciones. Allí estaba Bernard, el hermano de Raynolds.

Gritaba como un loco:

—¡Sois unos cobardes! Habéis permitido que un hombre solo matase a los dos. ¡Y decís que sois hombres rápidos con las armas!

—No pudimos intervenir, no hubo tiempo. Tu hermano se adelantó, pero no pudo. La discusión se desarrolló con gran rapidez.

Miró Bernard a quien hablaba y replicó violento:

—Esto es un asesinato y ante testigos. Debía disparar mis armas contra todos vosotros.

—¿Por qué chillas tanto? —dijo James, poniéndose frente a Bernard.

Todos corrieron hacia los lados.

—¿Fuiste tú? —preguntó Bernard que interpretó con exactitud la huida.

—Sí, yo fui y no hubo ventaja por mi parte, como no la habrá cuando dispare sobre ti.

La naturalidad con que James hablaba, impresionó a Bernard.

—Yo no soy tan confiado como eran éstos.

—Pero eres mucho más lento que yo.

—Te mataré cuando decida hacerlo —dijo con voz sorda Bernard.

—¡Morirás como tu hermano! Ellos no hubieran muerto de no amenazar a una mujer. Y eran capaces de matarla como hicieron con otras.

—Te voy a matar para que todos éstos vean que no eres superior a nadie. Yo no te tengo miedo.

—Fíjate en ese reloj y dime la hora exacta en que deseas abandonar este mundo. Lo dejo a tu elección.

—Eres un fanfarrón y yo con los fanfarrones sólo...

Bernard creyó sin duda que podría sorprender a James.

Mientras hablaba con naturalidad, sus manos se movieron con rapidez, pero James estaba pendiente de él.

Cuando cayó muerto Bernard, una exclamación admirativa se oyó en el *salón*.

—¿Hay entre vosotros alguno más que no esté de acuerdo?

Al mirar hacia los curiosos, como tenía las armas empuñadas, retrocedieron asustados.

—Está bien —añadió James.

Y enfundando sus armas, sin dar la espalda salió.

Los comentarios de los testigos coincidían todos en suponer a James muy superior a sus víctimas.

Al otro día, Miller volvió por El Dollar.

Cuando conoció lo sucedido se rascó la oreja preocupado.

Creía solamente un buen militar y hombre de valor a James, pero no le imaginó tan buen pistolero.

Los comentarios coincidentes no dejaban lugar a dudas.

Habló con sus amigos de ello, presumiendo de haber sido él quien encontró un hombre de las condiciones de James.

Había un gran desconcierto en el *saloon*.

El *barman* no se atrevía a hacerse cargo del local por miedo a James.

Esperaban a Emil de un momento a otro, pero éste había quedado en Tucson obstinado en conseguir a Agnes.

Estaba dispuesto a poner en juego todos los recursos, incluso el de la amenaza.

No era hombre que tuviera muchos escrúpulos.

James encontró a Miller.

—¿Cuándo nos marchamos? No pensarás quedarte aquí —le dijo.

Miller respondió que saldrían ese mismo día.

El hombre que habló con James y Miller de las armas era seguido por agentes del gobernador.

James pidió a éste que no actuaran hasta que él no regresara de El Paso.

Capítulo XII

Garfield no conoció a James.

Miller no dijo que había sido coronel de los sudista» durante la guerra.

Para Garfield era solamente un amigo de Miller.

Trataba a todos con despotismo.

James pensaba cómo se haría amigo íntimo de ese asesino para ver si conseguía averiguar el paradero de Wilcox.

La ciudad de El Paso era un vivero de lo peor en la raza humana.

Abundaban más los mexicanos y las costumbres eran las del país vecino.

Incluso los locales tenían más de tabernas mexicanas que de bares americanos.

Las bebidas, lo mismo. Tequila abundaba más que el whisky; también se bebía ron.

Fue presentado James a todo el grupo de contrabandistas.

Las armas tenían que recogerlas de uno de los ranchos metidos en el desierto: pero no estaban en la vivienda, sino en unas cuevas que había junto al río.

Allí se empleaban barcazas para cruzar el río.

Pero éste estaba tan vigilado a la otra orilla que era necesario irse a la llamada «raya seca», esto es, hacia Arizona.

Allí existía un rancho en las proximidades de Coronado, cuyo propietario era la persona más estimada y menos sospechosa.

En realidad él no intervenía.

Era obra de su capataz, que utilizaba el rancho en beneficio propio.

Uno de los hombres que formaban en el grupo de Garfield, cada vez que pasaban junto a militares se escondía.

Esto, observado por James, le produjo extrañeza.

—¿Por qué John, cada vez que ve un militar se esconde? —preguntó James a Miller.

—Creo que es un desertor de cuando la guerra. Se pasó a México; allí le conocí yo.

James se propuso ser amigo de John.

Éste era muy aficionado a la bebida.

No tendría que hacer, por tanto, más que invitarle a beber.

Garfield miraba a James con recelo y éste comprendió que sospecharía, más si trataba de hacerse amigo de él.

En El Paso nadie se preocupaba de nadie.

Ésta era la principal razón de haber sido elegida como campamento de los contrabandistas.

Pasaron los días y una semana más tarde aún no habían hecho nada.

James sintió deseos de ir hasta Tucson. Quería ver a Agnes ahora que sabía no se casó aún.

Iba perdiendo la paciencia y no soportaba la presencia de Garfield.

Un día coincidió con Garfield y el desertor en una taberna de El Paso.

James hizo beber a los dos en demasía y, como consecuencia, se soltaron las lenguas.

Supo James hacerles hablar.

Garfield dijo cuanto James deseaba saber.

Conocía el paradero de Wilcox, y en ese momento sintió deseos de matarle.

Le salvó la vida el no estar en condiciones de defenderse.

No se preocupó del desertor. Le interesaba solamente Garfield; pero cuando llegaban a su alojamiento, el desertor habló:

—Yo podía estar en el ejército..., sería teniente..., a no ser, por aquellos rebeldes. Tuve que huir por matar a un cerdo sudista..., ¡ja, ja, ja! El general Ronson quería castigarme... ¡Era un traidor! Ayudó a los rebeldes.

De pronto James recordó a Kirby.

—¿Dónde mataste a ese rebelde? —preguntó ansioso.

—Qué más da... ¡Le maté!

—¿Dónde? —volvió a preguntar ansioso James.

—En Tombstone.

James quedó rígido. No sabía qué hacer.

El destino había puesto en sus manos al cobarde que asesinó a Kirby.

Llorando, metióse en la cama. Al otro día hablaría con los dos.

Por la mañana no sabía cómo iba a iniciar la cosa.

Paseó nervioso antes de que se levantaran los otros.

Al fin aparecieron.

La sangre acudía al rostro de James.

—Ya tenemos trabajo —se acercó diciendo Miller—. Hay una partida que hemos de ir a buscar a Coronado.

Ante esta noticia, James dejó para más adelante su deseo de venganza.

Tenía que conocer antes dónde escondían las armas.

Procuró desde entonces no estar cerca de ninguno de los dos a quienes odiaba de modo tan intenso.

Miller hizo el viaje junto a él.

Después de recorrer muchas millas llegaron a las montañas de Coronado donde se hallaba el rancho que iban buscando.

El temor de James era que se encontraran con la «patrulla del desierto» que vigilaba la frontera y se vieran en la necesidad de luchar contra ellos.

Supo que éstos tenían su puesto en Douglas, pueblo fronterizo no lejos de Tombstone.

James iba estudiando cómo podría escapar hasta Douglas y avisar a los de la patrulla el lugar donde se escondían las armas.

Antes tendría que provocar al cobarde de John y a Garfield.

En una cabaña abandonada se detuvieron.

Tenían que esperar allí la visita del capataz que tenía, según supo James, más importancia en la organización que los otros que le acompañaban a él.

Pasaron bastantes horas antes de que el capataz se presentase. Fijóse detenidamente en James y dijo:

—¿Quién es éste?

—Es uno nuevo —respondió Garfield.

—¿Quién lo envió?

—Es amigo mío —intervino Miller.

—¿Por qué le has traído? ¡No me gustan los extraños! ¿Y qué hacéis en esta cabaña?

—Ya es tarde, amigo, para esta comedia. No creas que tengo mucho interés en vuestro contrabando. Podré ganar más que aquí negociando con los indios —dijo James—. No comprendo cómo éstos te permiten les trates así, pero yo no soy igual.

—Te advierto, por si no te lo han dicho éstos, que no dispongo de mucha paciencia.

—Me alegra lo confieses. Así no me arrepentiré si me obligas a matarte.

La discusión cesó en el acto cuando los vaqueros que habían ido con el capataz, gritaron:

—¡Cuidado, viene la patrulla!

—¡Pronto! —dijo el capataz—. Coged esas hachas y marchad a aquellos árboles. Diremos que vamos a reconstruir esta cabaña y hacer unos corrales cubiertos, o grandes cuadras, para los caballos. No lo olvidéis, hemos de estar de acuerdo.

James se quedó quieto.

—Y tú, ¿qué haces?

—Nada —replicó James—. Soy un extraño y éstos no te gustan a ti.

—Ya hablaremos después sobre ello. Ahora a trabajar.

—¡No! Te he dicho que a mí no me tratas así. No soy como éstos.

—Anda, hombre..., que están acercándose éstos y son muy astutos —medió Miller—; ya discutiréis más tarde.

El capataz estaba nervioso.

—Te acepto, si es eso lo que querías saber.

—Lo has hecho obligado por las circunstancias y eso no me agrada. ¡Me voy!

James montó en su caballo y le espoleó.

La patrulla, que no había visto aún a los otros, marchó detrás de James.

Miller echóse a reír y dijo:

—¡Es un tío inteligente! Lo ha hecho para alejar a la patrulla de aquí.

Garfield coincidió con Miller y el propio capataz sonreía complacido.

—Creo que es inteligente en efecto —comentó—. No hubiera sido sencillo justificar tanto forastero. Conocen a todos los vaqueros del rancho.

James mientras, seguía galopando hacia el territorio de Arizona.

La patrulla hizo galopar más aprisa a sus monturas.

Desaparecieron de la vista de los contrabandistas.

Cuando James se convenció de esto, aminoró el paso para permitir que le dieran alcance.

—Llevas un caballo veloz —dijo el jefe de la patrulla cuando estuvo cerca.

—He tenido que contenerle para que me alcanzaran. No lo hubieran conseguido de otro modo.

Tenían que reconocer que esto era cierto.

—Eres forastero ¿verdad?

—No bromeas, ¿verdad? —respondió James—. Si eres de por aquí has de saber que yo no vivo ni trabajo en estos contornos.

—Tendrías que decirme qué hacías por aquí.

—Ya lo ves; voy a Tucson. ¿No es éste el camino?

—No; está más al norte. Déjate de bromear tú y habla, claro.

—Entonces diré que soy contrabandista. Por eso estoy cerca de la frontera.

—Terminaré por incomodarme.

—¿Y quiénes sois para interrogarme? —dijo James.

—¿No has oído hablar de una patrulla de vigilancia? —dijo el jefe, burlón.

—No seréis vosotros esa patrulla del desierto, ¿verdad?

—Sí, somos nosotros.

—¡Es curioso! Venía buscándola y a poco no me alcanzáis. Bueno, dejémonos de bromas. ¿Quién es el jefe?

—Soy yo.

—Entonces hemos de hablar... a solas.

Minutos más tarde decía el jefe:

—De acuerdo. No intervendré hasta que no des la señal. Dejaré que castigues a esos dos. Aunque no debía permitirlo. Ya teníamos conocimiento de tu trabajo. Nos lo comunicaron de Santa Fe. Ahora, ¡ten cuidado! No creas que es fácil engañarles, y saben el peligro que ello supone.

—No te preocupes.

—Una pregunta. ¿Cómo te llamas? Sólo nos dieron tus señas.

—James Bedford.

—¡James Bedford! ¿Eres tú James Bedford? ¿El coronel que estuvo en Arizona durante la guerra?

—El mismo.

—Nosotros te hemos idolatrado. ¿Cómo venciste a los indios?

James explicó la intervención de Cochise que le hizo su amigo admirado por el valor de entregarse para salvar a los demás.

—¿Por qué no estás de coronel en el ejército?

—Quizá vuelva algún día. Antes he de hacer otras cosas.

—Ahora ya no dudamos de usted, coronel —dijo saludando militarmente.

—Es mejor que me trates como antes —dijo James.

Llegaron hasta Douglas.

La patrulla sabía que existían espías de los contrabandistas.

Por eso llevaron a James como si fuera detenido.

El *sheriff* hizo cargo de James, al que colocó en prisión.

Después, en el bar del pueblo comentaron los de la patrulla que no les inspiraba confianza por ser forastero, aunque no podían acusarle de nada.

Ante testigos preguntó el *sheriff* al día siguiente al jefe de la patrulla qué hacía con James.

—Déjele marchar —respondió el interrogado—. No hay nada contra él.

De todo esto tuvieron conocimiento el capataz, Miller y Garfield.

—Es un gran muchacho —dijo Miller—. Si fuera él el jefe de todo ganaríamos mucho.

No habían movido las armas ante el temor por parte del capataz de que James les denunciase.

El capataz fue a Douglas.

Se encontró con James, que comentaba en el bar la detención tan inmerecida.

—No comprendo por qué un vaquero no puede buscar trabajo donde se le antoje.

Comprendió el capataz por qué decía esto.

—Si de veras buscas trabajo —dijo el capataz—, en mi rancho podrás hacerlo.

—Si no bromeas puedes considerarme vaquero de ese rancho. ¿Eres el propietario?

—No. Capataz. Soy yo quien recibe el personal.

—Está bien, no te molestes. Veo que sois quisquillosos todos los de esta región —dijo James.

De este modo resultó natural el que James marchase con el capataz.

Pasó una noche en la cabaña.

Cuando despertó dióse cuenta de que había registrado toda su ropa y en las altas botas de montar, descosieron algunas costuras.

Lo mismo habían hecho con la silla del caballo.

Aún no sabía dónde estaba el escondite de las armas, pero no podía dejar de protestar.

Tenía pretexto para provocar a Garfield.

Una vez vestido, dijo en voz alta:

—¿Quién ha sido el cobarde que registró mis ropas? ¿Qué buscabais?

Miller le miró con asombro y James comprendió que él no sabía nada.

—¡Estoy seguro que ha sido el cobarde de Garfield y el capataz!

—¡A mí no me metas en eso! —protestó Garfield—. Yo no sé nada ni creo te hayan registrado.

—¿Que no? Ven aquí y compruébalo tú mismo. ¿Quién lo hizo? Fíjate en la silla. Han descosido costuras. ¡Cobardes!

Nadie protestó por estos insultos.

—Tienes que perdonar —dijo al fin el capataz—, pero tenía que confirmar por mí mismo ciertas cosas.

—¿Quieres decirme qué cosas y por qué no me preguntaste valientemente a mí sin recurrir a esta cobardía? No creas que yo me fío tampoco de ti. Te mueves sin dificultad en Douglas y los que forman parte de la patrulla beben junto a ti. No comprendo cómo todos éstos se fían de un hombre como tú. He pensado mucho esta noche en todo ello y no me interesa seguir con vosotros. Cuando consideres llegado el momento de deshacerte de los demás te será bien fácil.

Todo lo que James decía era lógico.

El capataz comprendió que se hallaba en un grave peligro al ver el aspecto de los que le rodeaban.

—Comprendo que he llevado demasiado lejos mis sospechas, pero ya he pedido perdón.

—Tú no te fías de nadie y los demás tienen que fiarse de ti. Esta vez vendrás con nosotros al otro lado de la frontera.

—¡No puede ser! Yo no puedo faltar del rancho.

—Faltarás. Estarás en peligro como nosotros.

—No es necesario —medió Garfield.

—Tú te callas —gritó James—. Voy a hacerme cargo de todo esto. Y el que no esté de acuerdo que lo diga. Ya puede largarse.

—¿Es que te has vuelto loco? —dijo Garfield—. Soy el encargado de...

—Eras. Desde este momento lo soy yo. Si no estás de acuerdo, lárgate.

Con James, en realidad no estaba nada más que Milier.

—Es necesario te tranquilices —dijo al capataz—. No quise molestarte tanto.

El capataz se incomodó.

—No estoy dispuesto a seguir tolerando ese lenguaje. Me estás cansando. Te advertí que tenía poca paciencia.

—Entonces espero que vayas a tus armas. Lo estoy deseando.

—Dejaos de reñir —dijo Miller—. Desde luego no debiste hacer eso —riñó al capataz.

—He de tener seguridad en los hombres y...

—¿La tienen éstos de ti? Yo no. Tú estás de acuerdo con la patrulla. Por eso no han registrado este rancho... y por eso me han soltado.

—Si seguís discutiendo —medió Garfield—, no podremos llevar esas armas.

James hizo que se tranquilizaba.

Y el capataz le condujo a la cueva donde estaban las cajas con fusiles y rifles.

Capítulo XIII

Otra vez, ya las caballerías cargadas, se suscitó la discusión entre James y Garfield.

—Si no estás de acuerdo con las instrucciones mías —dijo Garfield—, puedes marchar, no te necesitamos. Hasta ahora lo hemos hecho sin ti.

—Eres tan fanfarrón como eran Gruber y Jackson.

Garfield, al oír esto, dijo:

—¿Conocías a esos dos? ¿Por qué no me hablaste de ellos?

—No me gusta recordar a los cobardes. Y ellos lo eran. Habían estado a las órdenes del mayor granuja de la Unión: el teniente Wilcox.

—Eres un tipo muy extraño —dijo Garfield mirando con interés a James.

—Fíjate bien en mí, Garfield. Tú estuviste en Charlottesville con Wilcox, ¿verdad? Eras uno de ese grupo de asesinos y cobardes. Fíjate bien en mí.

—Ya lo he hecho muchas veces y no me recuerdas a nadie.

—¿Dónde llevasteis lo que robasteis en Charlottesville? Os llevó Wilcox a una plantación. ¿Qué os dijo? Matasteis a sus ocupantes y os llevasteis cuanto había de valor. Y la guerra había terminado ya. Mírame bien antes de morir, cobarde.

—¡El coronel Bedford!

—Vaya, al fin has recordado. Terminaré con todos vosotros. No dejaré uno de los que estuvisteis allí.

Los demás contemplaban la escena con interés.

—Miller, ¿era éste el hombre de confianza?

—Eso no tiene que ver. Sabía que era coronel porque me salvó la vida en Silver City. Me has oído referir aquello —dijo Miller.

—Entonces es el que mandaba el grupo de rebeldes que estuvo en Arizona —medió Strong.

—Sí, sargento, yo soy. Asesinaste a Kirby, un gran muchacho, y juré que mataría a su asesino si lo encontraba alguna vez.

Garfield, como James miró a Strong consideró que era el momento oportuno de actuar.

Sin embargo, cuando empuñaba las armas y su rostro se cubría de una sonrisa cruel, cayó sin vida como Strong.

—Vosotros levantad las manos. No puedo fiarme ya de nadie.

Obedecieron en el acto y el capataz dijo:

—No me importan vuestras diferencias. Si me hubieras dicho que eras un sudista todo habría cambiado.

—No me engañas. Estás pensando en disparar sobre mí en la primera oportunidad. Pero no te la daré. Miller, creo que eres el menos peligroso, aunque en Santa Fe me traicionaste. Ya viste que no te dio resultado la traición. Te hará bien una temporada de meditación en un presidio, quizá me decida a dejarte marchar otra vez a

México.

Miller miró sorprendido a James.

No comprendía bien lo que quería decir, pero tenía miedo.

Había visto morir a Garfield y Strong.

También el capataz y los otros temblaban.

—Te aseguro que de saber que eras sudista no habría dudado de ti. Yo también soy sudista. Peleé en el ejército del sur.

El capataz mentía creyendo que así podría convencer mejor a James.

En el fondo estaba pendiente de James, y si éste hubiera tenido el menor descuido lo habría aprovechado.

—Yo no te he traicionado... —empezó Miller.

—Sí, y tú lo sabes. Tenías motivo para estarme agradecido y me traicionaste en Santa Fe. No sé que dijiste al *barman*, pero estoy seguro que me traicionaste.

—Te digo que no. No puedo olvidar lo que hiciste por nosotros. Fíe siempre en ti y por eso te recomendé a todos éstos. He respondido por ti.

—No tienes que temer y podrás ganar mucho dinero.

—Tú ya no ganarás más dinero en este comercio. Ni tú ni todos éstos —dijo James con decisión—. Estáis facilitando armas a quienes sueñan con un desquite y a los indios, que nos odian. No estoy de acuerdo con esto. No puedo estarlo.

James sabía que tenía frente a él, desde ese momento, a un grupo de enemigos.

Esto suponía un gran peligro.

No era sencillo vigilar a todos y si abandonaba la atención para hacer la señal de humo a la patrulla, como tenía convenido con ellos, podría ser muerto.

—¡Acércate, Miller! —gritó James.

Éste obedeció y fue desarmado por James.

—Ahora por detrás, vete desarmando a los demás.

Así lo hizo Miller, pero al llegar al último, quiso aprovechar el descuido que suponía en James por creerle confiado después de haber desarmado a los otros.

El precio de su traición fue la muerte.

Con los otros desarmados pudo avisar a los de la patrulla.

Éstos se hicieron cargo de los contrabandistas.

El capataz miró con odio a James.

Hiciéronse cargo de las armas existentes en el escondrijo los de la patrulla y James salió para entrevistarse con los de Santa Fe.

Pero faltaba mucho tiempo aún y decidió visitar a Agnes.

* * *

El *barman*, al ver aparecer a James, abrió y cerró con rapidez varias veces los ojos.

Creía estar viendo a un fantasma.

Como no era la misma ropa, dudó de que fuera él.

James observó la atención con que le miraba.

—Un whisky —pidió.

Reaccionó el *barman* y le atendió.

Ninguno de los dos hablaron más.

El *barman* ya hasta empezaba a estar seguro de su error.

Terminó de beber James y se disponía a marchar cuando oyó decir:

—*Mister* Milland, su hija le buscaba hace poco en el almacén de Jules.

—Gracias —respondió Milland.

James miró con atención al que había respondido.

Iba acompañado por dos hombres vestidos con cierta elegancia.

Recordó en el acto a Emil, de quien oyó hablar en Santa Fe.

También pensó en la sociedad entre ambos.

Milland era un hombre de aspecto bondadoso y afable.

Emil olía, según él, a ventajista a muchas yardas.

Observó atentamente a los dos.

Éstos salieron acompañados por el otro y de un modo mecánico lo hizo James.

—¡Eh, tú! —protestó el *barman*—. No has pagado.

—¡Ah, perdona!

Mientras pagaba, añadió:

—¿Se llama Agnes la hija de ese Milland?

—Sí —respondió el *barman*— y usted es... el coronel Bedford, ¿verdad? Me pareció al principio, pero después dudé. Con esa ropa... ¡No comprendo eso! ¿No murió a manos de los indios?

—No sé de qué me estás hablando, muchacho.

James salió.

El *barman* apoyó la cabeza en las manos y los codos en el mostrador.

—¡Eh!, ¿es que no quieres atendernos? —le gritaron otros clientes.

—Juraría que es él. Tiene su estatura. ¡Claro que lo es! Pero aquél afirmaron que murió a manos de los indios. Se entregó para salvar a los otros.

Encogióse de hombros y añadió otra vez para sí:

—Será algún hermano.

James, una vez en la calle, buscó a los otros.

Sabía dónde estaba el almacén de Jules.

Echóse el sombrero hacia adelante.

Milland, con Emil y el amigo de éste, llegaron a casa de Jules.

Allí estaba Agnes.

Salió al encuentro de su padre, diciéndole:

—Acabo de informarme que has pedido plaza para mí en la diligencia que va a Santa Fe. No pienso ir. He renunciado a esa plaza. Así lo he dicho en la posta.

Milland, sonriendo, dijo:

—No es momento de discutir. Iremos los dos. Yo también voy.

—Yo no.

—Antes deseabas ir y me lo pediste muchas veces.

—Eso era antes —dijo Agnes.

—No deben discutir aquí. Están todos pendientes —maldijo Emil.

—¡Rock, Forrest, vamos! —dijo Agnes.

Los aludidos, que estaban en una esquina del mostrador, obedecieron.

—Vosotros dos podéis marchar del rancho. Quedáis despedidos —gritó Milland.

Se detuvo Agnes y miró asombrada a su padre.

—No, no puedes hacer eso —exclamó.

—Soy el dueño del rancho —replicó Milland.

—Son mis amigos.

—Son sudistas. No debí permitirles estar hace tiempo en el rancho. Todos los sudistas nos odian.

—Cuidado, patrón, con las palabras —dijo Rock—. No quisiera tener que olvidarme que es el padre de *miss Agnes*.

—¡Qué insolencia! —exclamó el acompañante de Emil—. Yo no les permitiría.

—Será mejor te calles —gritó Forrest.

—Papá, tienes que rectificar. Tú sabes que son mis mejores amigos. Hace tiempo que tengo contraída con ellos una deuda de las que no se pueden pagar jamás.

—Les ayudaste para que entonces no fueran colgados con aquel traidor de coronel.

—¡Quieto, Rock, es mi padre! —dijo Agnes poniéndose ante Rock.

—Si habla mal del coronel, aun siendo su padre, le mataré.

Milland palideció.

Había visto que, de no ser por su hija, habría muerto.

Miró temblando a Emil como pidiéndole ayuda.

Pero Emil conocía a los hombres y hacía días sabía que tanto Rock como Forrest podrían jugar con él si se trataba del empleo del «Colt».

—Hace tiempo, papá, que te encuentro desconocido. Desde que dije a Emil que me dejara en paz porque no me casaré con él. Parece como si tuvieras miedo de él.

James, en la puerta, estaba escuchando.

Pendientes de la discusión, no se habían fijado en él.

—Si vuelve a querer insultar al coronel Bedford, le mataré —dijo Rock.

—¿Coronel? Era teniente —dijo el acompañante de Emil.

—Para nosotros fue siempre coronel —replicó Forrest—, y tú no te metas en esto.

—No creáis que a mí me asustáis. Ya visteis que os ganamos en la guerra y que...

—Tú no viste un frente —le gritó Rock—. Eres un ventajista y estarías escondido en cualquier *saloon* como todos los cobardes.

Al replegarse hacia los lados los curiosos, James contempló mejor la escena.

—¡Quieto, Forrest! No quiero que las armas intervengan. Papá, llévate a tus

amigos.

—Me ha insultado. Ya no podrá evitar que le mate —dijo el aludido.

Pero Emil estaba seguro que sería un suicidio por parte de su amigo.

—¡Vámonos! —dijo—. Estamos un poco nerviosos todos y no sabemos en realidad lo que decimos.

—¡Está bien, ya nos veremos otro día! —dijo el amigo de Emil—. No creas que olvidaré tus insultos. Como ya no irás por el rancho, vendré a verte.

—Papá, si éstos no vuelven al rancho, tampoco lo haré yo —dijo Agnes.

Milland miró a su hija y respondió:

—Está bien, pero que no les vea yo.

Agnes sonrió segura de que su padre cambiaría de opinión.

—Agradece a *miss* Agnes el que vivas algo más —dijo Forrest—. Si te atreves a buscarme, te mataré.

James hablase sentado en una mesa junto a la puerta para pasar más inadvertido.

Salieron los tres personajes.

—No debiste impedir le matara —protestó Forrest—. Es un ventajista.

—No quiero peleas —dijo Agnes.

—Insulto a...

James habíase puesto en pie y Rock le conoció en el acto.

—¡Coronel! —gritó corriendo hacia él.

Agnes gritó entusiasmada y sorprendida.

Lo mismo hizo Forrest.

Los tres se abrazaron a James, que salió a su encuentro.

—Habéis hecho bien con no emplear las armas —les dijo.

Agnes le miraba llorosa y sonriendo.

Le cogió una mano estrechándosela cariñosa.

—Te creí muerto durante mucho tiempo. ¿Por qué no has venido antes? —le dijo en voz baja.

—Ya hablaremos de eso.

Rock y Forrest asediaron a preguntas a James.

Sentáronse los cuatro en una mesa.

Los testigos reconocieron a James y muchos le saludaron. Tuvo que explicar una vez más lo sucedido con Cochise.

—Hay que decir a Zumker y Loveland que vives —decía Agnes.

—Y al general Ronson y al mayor Brown —añadió Rock—. Se alegrarán muchísimo.

—Esther será quien se alegre muy de veras —agregó Agnes.

James no podía decir ante Agnes su deseo de venganza.

—Vimos los pasquines y éstos te reconocieron —decía en voz baja Agnes—. Por eso hemos estado esperando tu llegada.

—Tu padre no permitirá que sigan en el rancho.

—Mi padre hará lo que yo quiera, aunque ahora está muy disgustado conmigo.

—Sí, ya lo vi. Quiere que te cases con ese amigo suyo. Es un hombre muy rico.

—No me importa. No le quiero ni podría quererle jamás. Vámonos.

Los cuatro salieron juntos.

Agnes iba cogida del brazo de James y le miraba como si no quisiera dar crédito a que le tenía a su lado.

También James encontrábase muy satisfecho.

Capítulo XIV

Agnes convenció a James para ir con ellos al rancho.

James se opuso al principio, pero al fin accedió.

Estaban en el comedor los tres personajes.

Entró Agnes con James de la mano.

—Papá —dijo—, te presento al famoso coronel Bedford.

Los tres se pusieron en pie como si ante ellos tuvieran a un coyote.

—¡Eh! Dices que es...

—El coronel Bedford que mandaba a los hombres que nos salvaron de los indios.

—Pero no decías que...

—Sí, pero los indios no le mataron. Cochise lo evitó.

Emil consiguió reaccionar y dijo:

—Es extraño que un indio... perdonara a un soldado...

—Será mejor exprese con nobleza lo que quiere decir —dijo James—. Soy amante de la franqueza.

—No he querido decir más de lo que he dicho..., que es extraño.

—Le he invitado como huésped nuestro —agregó Agnes.

—Está bien. Es mucho lo que debemos a este hombre —respondió Milland.

Agnes hizo sentar a James a la mesa, ocupando ella el puesto próximo.

—Tuvo mucha suerte. Los indios no suelen ser magnánimos —dijo Milland.

—No son tan malos como los suponemos —dijo James—. No nos hemos portado bien con ellos. Cochise me pareció un gran hombre. Viví junto a él varios meses y le considero mi amigo. Si pudiera hacer algo por esa raza... lo haría. Tal vez con amor consiguiéramos más con ellos. Aman sus costumbres y a los suyos. Debemos respetarles.

—Todos te creíamos muerto. El general Ronson tuvo un disgusto enorme. ¡Qué alegría recibirá cuando sepa que aún vives!

Emil estaba molesto.

Comprendía la razón de que Agnes le rechazase y tenía que reconocer que no podía competir físicamente con James.

—Ahora comprendo la actitud de antes... Ella esperaba al... teniente.

Lo de teniente lo dijo con mordacidad.

—Sí, le creía muerto —exclamó Agnes.

—Creo que el teniente debe saber mucho de ese personaje que figura en pasquines editados en Kansas —medió el amigo de Emil.

—¡Pero estamos en Arizona! —respondió rápida Agnes.

No se le ocurrió negar.

—Si le interesa puede denunciarme —dijo James, molesto—, le creo tan cobarde como para ello. Perdona, Agnes, no puedo continuar aquí. Comprendo el esfuerzo de Rock y Forrest para no matar a este miserable.

El amigo de Emil creía a James un militar solamente, pero al recordar los pasquines recordó que le presentaban como pistolero.

Por eso ni replicó ni movió un músculo.

Veía los ojos de James clavados en él.

—Tienes razón, James —exclamó Agnes—. Es un cobarde.

Cuando los dos jóvenes salieron, dijo Emil:

—Has estado en pocas horas muy próximo a morir. Será conveniente marches a Santa Fe. Allí puedes decir a quien interese dónde está este muchacho.

Milland comprendió la traición que suponían estas palabras y sintió náuseas de sus amigos.

—Tienes razón. Es una buena idea.

—En cuanto a ti —dijo Emil a Milland—, tienes que decidirte.

—Lo pensaré, Emil. Me preocupa mi hija y tú sabes lo que la he querido siempre. Vivo bien y conseguí una fortuna.

—Que yo puedo deshacer. No tengo que hacer más que hablar al *sheriff* de Tucson.

—Tu situación no sería muy airosa. No creo lo hagas. Pero si quieres, no me importa. Ahora os ruego a los dos que salgáis de esta casa antes que llame a esos tres y ellos se encargarían de vosotros. ¡Cuidado, Emil! Nos conocemos. Ya sabes que no soy manco ni lento.

—Estás cometiendo una gran torpeza, Milland.

—Te he dicho que no me importa. Acabo de ver claro. Prefiero seguir este camino.

—Diré a ese coronel cómo has hecho tu fortuna. Todavía ama al Sur y tú les robaste mucho. También interesará conocer a tu hija que te hiciste pasar por militar para entrar en los pueblos robando. ¡Será muy interesante!

—¡Salid pronto! —gritó Milland.

Emil no se hizo repetir la orden y su amigo le imitó.

Agnes y James no comprendían aquella marcha precipitada de Emil y el otro.

Minutos más tarde lo sabrían de boca de Milland, que confesó a James cuando quedaron solos cuál había sido su pasado, pero ocultando lo que hizo durante la guerra.

—Estoy seguro que Emil me denunciará, pero prefiero eso a insistir. No quisiera que mi hija me odiara. He visto en sus ojos que está enamorada de ti.

Aunque James sintió cierta aversión hacia Milland, tenía que reconocer que había en él un gran arrepentimiento, siempre digno de respeto.

Y, sobre todo, un cariño sincero hacia su hija.

Recomendó por eso que no hablara a Agnes de ello.

Así lo prometió Milland.

Entonces confesó que Emil y su amigo le denunciarían como el célebre pistolero de los pasquines.

Le tranquilizó James afirmando que no le preocupaba.

Pero Milland no conocía a Emil.

La denuncia la hizo en Tucson.

El *sheriff* buscó los pasquines que no hacía mucho llegaron y, recordando las características del coronel Bedford, estuvo seguro que era él.

Había admirado al coronel, pero el deber era el deber.

No pensó en que el territorio de Arizona no tenía que ver con Kansas.

Reunió a un grupo de jinetes de los que sabía que odiaban a los sudistas y se encaminó hacia el rancho de Milland.

Sabía que para que su propósito fuera coronado por el éxito tendría que llegar al rancho de noche.

James y Agnes estaban paseando.

Terminaron por confesarse mutuamente su amor.

James confesó también que su propósito de venganza fue lo que le hizo no ir a verla y, además, por suponer que se habría casado ya.

—¡Fíjate! —dijo Agnes a James—. Es un grupo de jinetes... y el *sheriff* quien va en cabeza.

—Emil no esperó a Santa Fe —dijo James—. Ese *sheriff* está loco.

Pero pensó de pronto en Rock y Forrest, que estarían durmiendo.

Milland fue despertado por la llamada del *sheriff*...

Entró éste con las armas empuñadas y registró con sus hombres la casa.

El primer sorprendido fue Milland al saber que no se hallaba allí James.

Todo quedó claro para él al conocer que tampoco lo estaba Agnes.

El *sheriff*, con sus ayudantes, cayó en la vivienda de los vaqueros.

Rock y Forrest fueron sorprendidos durmiendo y apresados.

A medio vestir les hizo subir el *sheriff* en unos caballos.

James y Agnes, entre los árboles próximos, oyeron decir al *sheriff*:

—No os preocupéis por la ropa. No veréis el nuevo día. Voy a colgaros. Debí hacerlo hace tiempo. Sois agentes al servicio de los indios. Ésa es mi acusación y la causa de que no matasen a ése a quien llamáis coronel Bedford, y que es en realidad un pistolero.

Agnes oprimió una mano de James en silencio.

Estaba llorando la muchacha.

—Espérame aquí —dijo a James—. Voy a informarme bien.

Pero Agnes, en vez de ir directamente hacia el grupo, marchó a la casa.

Allí cogió un rifle y cuando salía con él lo pensó mejor y entró en la vivienda, volviendo a salir con otro más.

Marchó junto a James y le dijo:

—No puedo permitir que cuelguen a esos muchachos. Si disparamos con rapidez los dos..., no podrán hacerlo.

James sonreía tristemente y respondió:

—Vete por aquel lado y grita al *sheriff* que levanten las manos, advirtiéndole que les tenemos encañonados. Se rendirá asustado. Pero escóndete por si al descubrirte por la voz disparasen sobre ti.

Así lo hizo Agnes.

Al estar al otro lado, gritó:

—¡*Sheriff*, levante las manos y no se muevan! ¡Les tenemos encañonados con los rifles!

La respuesta fue una carcajada del *sheriff*, que disparó hacia donde estaba Agnes. Aún conservaba sus armas empuñadas.

Agnes, que le tenía encañonado de verdad, al oír la bala cerca de ella disparó.

James le imitó haciéndolo con rapidez.

El *sheriff*, herido, gritaba como un energúmeno.

Rock y Forrest aprovecharon la confusión para entrar en la vivienda cogiendo armas.

Salieron por una ventana.

Los que no cayeron emprendieron la huida.

Agnes disparó sobre ellos.

Cuatro quedaron muertos y dos heridos, entre ellos el *sheriff*.

Rock y Forrest fueron los primeros en acudir después de la huida de los jinetes.

—¡Es un cobarde, *sheriff*! —gritó Rock.

James estaba furioso también.

—¡Le voy a colgar, que es lo que quería hacer con nosotros! —dijo Forrest.

La situación de Agnes sería delicada, ya que los jinetes dirían en el pueblo que fue ella quien disparó hiriendo al *sheriff*.

—Que venga con nosotros —dijo Rock—. Puede casarse con ella y enviarla a Virginia. Nosotros iremos a por ella después de castigar a Wilcox.

—No olvidemos a Emil —dijo Forrest.

Esa misma noche salieron los cuatro del rancho.

Los vaqueros llevaron al *sheriff* y al otro herido a Tucson para ser curados.

* * *

Despidieron los tres a *mistress* Bedford.

Agnes se resistió, pero no pudo convencer a aquellos tres tozudos.

Estaba contenta de ser la esposa de James.

Éste prometió que iría a por ella después de castigar a Wilcox.

Como ella conoció lo sucedido en Charlottesville, hacia donde iba a casa de una tía de James, comprendió que éste tenía razón.

Los tres llegaban días más tarde a Santa Fe.

Era ya de noche cuando entraron en el *saloon* de Emil.

Éste había confiado en que el *sheriff* de Tucson hubiera tenido éxito.

Ya ni se acordaba de James.

Estaba satisfecho recorriendo las mesas de juego y calculando el beneficio que obtendría ese día, cuando sintió que le tocaban en el hombro.

Se volvió y no daba crédito a sus ojos.

—¡Hola, *mister*... traidor! —dijo Rock, que era quien se acercó a él.

No podía decir nada Emil.

Como Rock habló en voz alta, todos se quedaron contemplándole.

Forrest y James vigilaban con atención entre los curiosos.

—Te he llamado traidor. Añadiré que eres un ventajista y contrabandista de armas con los indios y mexicanos. Es necesario que todos éstos lo sepan. Pronto vendrán los militares a por ti, pero no he querido se me adelanten. Serías capaz de escapar a la muerte que mereces..., y eso no. ¿Por qué traicionaste al coronel Bedford? ¿No sabes que es un héroe nacional? Washington le reconoció su graduación de coronel e iba a ingresar en el ejército como tal. ¡Habla, cobarde! ¿Por qué le traicionaste?

Estas palabras hicieron creer a Emil que James había muerto y se sintió más tranquilo.

—No sé ni tengo idea de qué me estás hablando, muchacho. Es lástima que el whisky te haga tanto daño —dijo.

La risa de Rock le hizo temblar, sin embargo.

—¡Rock! —gritó James—. Déjale. Es asunto mío.

La presencia de James terminó por hundir la entereza de Emil.

—¡Cuidado, coronel, no le mate! Necesitamos una declaración de él.

Era el *sheriff* quien ahora hablaba.

Los testigos comprendieron que no era una broma.

El *sheriff* había sido informado por el gobernador en virtud de los informes enviados por Bedford.

Al ver a James pasar por la calle, comprendió lo que se proponía y marchó detrás de los tres.

—Es asunto personal, *sheriff* —dijo James.

—No, coronel. Hágame caso. Le prometo que se hará justicia. No debe convertirse en un sin ley.

El amigo de Emil, el que había estado en Tucson con él, quiso ayudar a Emil.

No pensó que faltaba Forrest.

Éste disparó sobre él cuando iba a traicionar al *sheriff* y a James.

Disparo que hizo suplicar perdón a Emil y ayuda al *sheriff*.

Minutos después firmaba una extensa declaración.

* * *

—Comprendí que intentarían evitar también que castigase a Wilcox, pero éste había sido el asesino personal de mi familia. Explotando el que había sido teniente,

consiguió permiso para comerciar en el noroeste con los indios. Salí precipitadamente. No resultó sencillo encontrar a Wilcox. Apenas si tenía importancia y no era conocido en los fuertes, como supuse. Cuando conseguí saber de él... había muerto. Me olvidé de Rock y de Forrest. Éstos, después de marchar yo de Santa Fe, imaginaron, por haberles referido la confesión de Garfield, que iría hacia Montana. Y rastrearon mejor que yo. Allí estaba Zumker de capitán. Éste y su esposa Esther les dieron la pista de Wilcox... Cuando le encontré, como decía, ya había sido enterrado. Murió con tres de sus hombres.

—Bueno. Terminada con la muerte de Wilcox la venganza, no puede haber inconveniente en que vuelva al ejército. Lo lleva en las venas, coronel. Obra de lo del Sur y Norte.

James miraba al general Ronson y al mayor Brown.

—Me gustaría servir a sus órdenes —dijo el mayor—. Y podría tener con nosotros a Loveland y al sargento Funch, que ha solicitado su ingreso.

—Yo procuraré que Zumker estuviera también con ustedes —añadió Ronson.

—Déjenme pensarlo —respondió James.

* * *

El fuerte Phil Kearny recibía con toda la guarnición formada en el patio a su nuevo coronel, quien llegaba en unión de su esposa.

La rigidez militar contuvo a James y Agnes.

Pero después, de lo oficial, abrazaron con cariño a sus viejos amigos que allí estaban.

El mayor Brown, con su esposa, que presentó al matrimonio Bedford; Zumker y Esther; Loveland y su esposa, prima de Esther.

Quizá para Agnes, más que para James, fuese su mayor alegría ver a Rock y Forrest.

Se abrazó a ellos en el centro del patio.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó James a los dos.

—Somos guías.

—Pero si no conocéis estos terrenos...

—¡Cuidado, coronel! Hemos sido mineros por aquí. Hacían falta guías... y el general Ronson entendió que podíamos ser útiles.

James no pudo contenerse y abrazó a los dos, entusiasmado.

El padre de Agnes seguía en su rancho y su vida era honrada.

No pudo convencer a James para que se hiciera cargo de todo.

Tenía razón Ronson. James llevaba dentro el espíritu castrense.

Cuando en la cantina del fuerte, días más tarde comentaban la vida y aventuras del coronel con los soldados, exclamó Rock:

—Siempre dije que el coronel tenía madera de pistolero.

FIN



MARCIAL ANTONIO LAFUENTE ESTEFANÍA (Toledo, 1903 - Madrid, 7 de agosto de 1984). Escritor español, autor de populares novelas del Oeste.

Nació en Toledo, hijo del periodista y escritor Federico Lafuente, que contaba entre sus obras con *El Romancero del Quijote* (1916). Él enseñó a su hijo a amar el teatro clásico del Siglo de Oro, que llegó a conocer muy bien; el hijo, sin embargo, quiso hacerse y se hizo ingeniero industrial y ejerció en España, América y África. Entre 1928 y 1931 recorrió gran parte de los Estados Unidos, lo que le sirvió luego para ambientar sus historias, cuyos detalles de atmósfera y localización son rigurosamente exactos. Durante la Guerra Civil, Enrique Jardiel Poncela le dio un consejo: «Escribe para que la gente se divierta, es la única forma de ganar dinero con esto». Ése fue el fundamento de su manera de escribir: desde el principio buscó la amenidad, prescindió de las largas descripciones y trabajó sobre todo los diálogos, con unos modismos muy característicos y una acción disparada.

Durante la guerra fue oficial de Artillería del Ejército Republicano en el frente de Toledo y tras ella decidió no exiliarse, por lo que padeció cárcel en España varias veces. En prisión comenzó a escribir de forma más concienzuda, aprovechando trozos de papel que conseguía aquí y allá.

Al salir comenzó a publicar en Cíes, una pequeña editorial de Vigo, obras policiacas o románticas. Sus primeras novelas las firmó bajo los pseudónimos de «Tony Spring» o «Arizona», pero luego publicó ya siempre con su nombre verdadero o las siglas M . L. Estefanía —que algunos confundieron con María Luisa Estefanía— en la

Editorial Bruguera, de la cual fue uno de los principales activos junto con otra novelista popular, Corín Tellado, y las distintas publicaciones de historietas. La novela del Oeste, tal como la configuró Estefanía, principal creador del género, constaba de unas 100 páginas de impresión barata y muy característica, semejantes al pulp norteamericano; se escribía y publicaba una por semana y se vendían a duro (cinco pesetas) cada una, y posteriormente, con la devaluación, a veinticinco pesetas. A veces bastaba con comprar una y, tras ser leída, se podía devolver al quiosquero para, por un precio inferior, conseguir otra. De esa manera las tiradas resultaban engañosas, pues aunque eran muy crecidas y baratas, una misma novela podía ser leída por varias decenas de personas. Sabedor de que sus novelas se leían en los Estados Unidos, cuidaba mucho la verosimilitud histórica, geográfica y botánica del Oeste norteamericano, para lo cual recurría a tres libros en particular: una obra muy completa de historia de Estados Unidos, un atlas muy antiguo de este país, donde aparecían los pueblos de la época de la conquista del Oeste, y una guía telefónica estadounidense en la que encontraba los nombres de sus personajes.

Estefanía vivió en Madrid, pero fue un enamorado de Arenas de San Pedro (Ávila), donde residió mucho tiempo. Escribió su primera novela del Oeste en 1943, con el título de *La mascota de la pradera* (Ediciones Maisal: Biblioteca Aventuras, núm. 78), y firmó un contrato con la Editorial Bruguera que le llevaría a producir alrededor de 2600 novelitas en formato octavilla de no más de cien páginas.